
ESPAÑOL
VAQUEROS DE FOSO DEL DIABLO
BRAY
USA TODAY BESTSELLING AUTORA
VANESSA VALE


ESPAÑOL
VAQUEROS DE FOSO DEL DIABLO
BRAY
USA TODAY BESTSELLING AUTORA
VANESSA VALE

BRAY

VAQUEROS DE FOSO DEL DIABLO

LIBRO 3

VANESSA VALE



Derechos de Autor © 2025 por Vanessa Vale

Vanessa Vale® es una Marca Registrada de Bridger Media.

Este trabajo es pura ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora y usados con fines ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, empresas y compañías, eventos o lugares es total coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro deberá ser reproducido de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y retiro de información sin el consentimiento de la autora, a excepción del uso de citas breves en una revisión del libro.

Diseño de la Portada: Bridger Media

Imagen de la Portada: Deposit Photos: Sheikoevgeniya, Malchev

¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

http://vanessavaleauthor.com/v/ed



ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Contenido extra
¡Recibe un libro gratis!
Todos los libros de Vanessa Vale en español
Acerca de la autora

¡El Oeste se ha vuelto más acalorado! Conoce a los vaqueros de Foso del Diablo de Montana, y a la vez disfruta de una apasionada historia de amor instantáneo.

Hace muchos años que la conozco… y es momento de hacerla mía.
La mejor amiga de mi hermana necesita de mi ayuda: que sea su novio de mentira.
Pero ¿de mentira? Nada que tenga que ver con Katie es falso. Ella siente lo mismo que yo, pero no entiende cómo repentinamente la quiero después de tantos años. Me tomaré el tiempo de demostrárselo, pero alguien quiere lastimarla y eso significa que ahora es mía para cuidarla, le guste o no.

1



KATIE

ESTABA EXHAUSTA. Había trabajado todo el día en el establo limpiando los cubículos de los caballos, alimentándolos, cargando cubetas de agua y heno o empujando carretillas de estiércol. Luego, fui a la casa lo justo para tomar una ducha, quitarme el olor a caballo, cambiarme de ropa y comer una barra de cereales, antes de venir a The Roadside, el bar de mala muerte a las afueras de Foso del Diablo, pueblito donde había vivido toda mi vida.

El local estaba abarrotado, tanto de gente del pueblo como de visitantes de la feria del condado que duraba diez días. Con un constante sonido de música country de fondo, llevaba seis horas de mi turno rodeada de clientes revoltosos, que evidentemente habían empezado a beber en la feria. Olía a cerveza rancia. Me dolían los pies. Mi maquillaje se había desvanecido hacía horas y mi desodorante… no sabía si todavía funcionaba.

Odiaba este trabajo pero necesitaba el dinero desesperadamente.

No me causó mucha gracia cuando, en mi sección, me tocó una mesa de tipos que se comportaban como niñatos malhumorados, de esos que no aceptaban un no por respuesta. Llevaba rechazándolos desde que les tomé la primera comanda y cada vez se tornaban más agresivos y pesados.

—Ven conmigo a casa más tarde para que te lo pases bien.

El tipo ya medio borracho, lo cual era peor a que si lo estuviera completamente, hablaba en serio. Llevaba tres horas sirviéndole a la mesa ubicada en una esquina trasera, y los amigos le seguían el juego a sus *accidentales* contactos físicos e insinuaciones. Como no recibía respuesta de mi parte, pues había aprendido que ignorarlo era mejor que seguirle la corriente, se empezaba a enfadar. A su ego no le gustaba que lo rechazara y pasó de tocón a sobón. Hice una mueca cuando me agarró con fuerza la muñeca.

—¡Que ya te he dicho que no! —dije claramente, intentando liberar mi brazo. Por la mañana encontraría unos moratones—. ¡Suéltame! Me haces daño.

—No seas mala.

Eché un vistazo a mi alrededor. Los porteros seguían a cada lado de la puerta principal. Los camareros servían bebidas por el salón. Podría gritar pero probablemente me despidieran tras una batalla de *él dijo, ella dijo*; y nunca había visto que las de *ellas* ganaran. Necesitaba el trabajo, joder. ¿Por qué soportaría un lugar así y a estos imbéciles si no fuera por el dinero para pagar mi hipoteca, y también la segunda por la casa de la abuela, o las facturas de los abogados?

Me mantenía a flote porque había dejado ir a Taylor, que antes me ayudaba con el establo. Ella vivía con su padre al final de la calle y durante dos años, había trabajado conmigo a tiempo parcial. Hacía meses que mi camioneta tenía roto el aire acondicionado. La secadora de ropa no funcionaba y tendía la ropa en el exterior como una granjera. De momento, no había problema, pues era verano, pero tendría que colgarla en de la sala de estar cuando tuviéramos

un metro de nieve. Todo eso sin tener en cuenta el escaso suministro de mis alacenas casi vacías.

Necesitaba el trabajo, joder.

Los amigos del borracho no me ayudaban ni un poco, solo sonreían y le animaban. Menudos idiotas.

—Ni siquiera tenemos que ir a mi casa —añadió—. Arrodíllate aquí. Nadie te va a ver aquí atrás.

Miré a mi alrededor intentando zafarme de su agarre. Pensé en cómo salirme de la situación, en alguna forma de escapar sin montar una escena para que me despidieran.

Mi mirada se detuvo. Abriéndose paso entre la densa multitud del viernes por la noche, distinguí a Bray Wilder. Le hizo un gesto con la mano a alguien al otro lado del salón, le sonrió a una mujer, le guiño el ojo a otra. El corazón me galopó cual caballo desbocado al verlo. Luego se instaló en una mesa alta en medio del bar.

Como mejor amiga de su hermana, Lainey, yo conocía a todos sus hermanos, y sabía que los dos chicos que estaban sentados con él no eran ninguno de ellos.

Bray Wilder.

Mi amor platónico. El hermano de mi mejor amiga. El que me veía como una peste cuando éramos niños. Era tres años mayor que yo y ¿qué estudiante de secundaria quería tener cerca a su hermana y a una chica de preparatoria que se desarrollaría tarde?

Bray fue el primer chico que me provocó sentir mariposas en el estómago cuando yo tenía once años y él catorce, y en los casi quince años transcurridos desde entonces, solo se había vuelto más guapo, más rudo y… madre mía, más viril. Cuando cumpliera los treinta debería llevar una etiqueta de advertencia para las bragas de las mujeres. Especialmente, con ese oscuro sombrero de vaquero y esas camisas ceñidas que usaba siempre.

Debajo del sombrero tenía el cabello castaño claro, una sonrisa perfecta y hoyuelos que instigaban a que las mujeres le arrojaran sus bragas. Además tenía tanto músculo que seguro que si le lanzaba una moneda le rebotaría en la dureza de los abdominales o en el culo perfecto.

De golpe, un doloroso tirón en mi mano me devolvió a mi problema.

—¡Oye, tengo novio y no le va a gustar que me agarres así! —mentí descaradamente.

La pálida mirada del imbécil me recorrió de arriba abajo, probablemente preguntándose cómo podía tener un hombre en mi vida.

—¿Tú? —balbuceó y se echó a reír—. Pues claro, si no hace falta ser guapa para chupar pollas.

Fue francamente cruel. Sabía que no era guapa, pero ¿decírmelo tan abiertamente? ¿Que solo servía para una mamada escondida debajo de una mesa?

—Él está ahí. —Señalé en dirección a Bray, pero había demasiada gente como para apuntarlo específicamente.

Se rio.

—¿Tú, señorita Ratoncita?

Me soltó, pero se puso en pie y me empujó con el pecho. Tropecé hacia atrás sintiéndome débil. Pequeña. Fea.

—¿Qué…?

—Mira, no creo que tengas novio. Voy a seguirte y, como no haya novio, te arrastraré hasta el baño y voy a follarte. Te voy a inclinar contra el retrete para no tener que verte la cara.

La sangre se me fue del rostro y me sentí mareada. Di un paso atrás. Luego otro. El tipo me daba asco y me aterrorizaba. Era cruel.

—Sí… sí tengo novio…

Extendió la mano con un gesto grandilocuente como un presentador de concurso.

—Vamos a conocer a ese tal novio tuyo.

No tardé en reaccionar. Me metí la bandeja bajo el brazo y fui directo hacia Bray: el señor perfecto.

Mi novio de mentira.

2



BRAY

AUN CON EL bar abarrotado y bullicioso, la presentí antes de verla.

Katherine Camden. Katie.

La mejor amiga de mi hermana Lainey.

Me eché el sombrero atrás para poder mirarla mejor.

La conocía desde que era una niña y nunca le había prestado ni una pizca de atención, salvo porque Lainey era como la peste y Katie se la pasaba con ella. Mientras que Lainey era como un torbellino, osada y casi siempre odiosamente extrovertida, Katie era tímida.

Con el paso de los años, la chica tímida y desgarbada se había convertido en una mujer, todavía tímida pero hermosa y con curvas de infarto. Un verano en que volví de la universidad, joder, había crecido, y de repente, solo verla me provocaba una erección. Aunque había estado con otras mujeres, ella era en quien pensaba en la ducha; en esa sonrisa dulce, en esas tetas grandes, en esas caderas apetecibles. Soñaba con que esa chica tan callada gritara, y

concretamente, que gritara mi nombre. Quería ser yo quien la hiciera abrirse.

Para un viernes por la noche en The Roadside, vestía con modestia unos vaqueros y una camiseta negra, pero no podía ocultar ni un ápice de su curvilíneo e incitante cuerpo, porque cada centímetro era exuberante y follable. Pero prohibido. Existían reglas entre varones y otras generales, tales como que nadie follaba a la mejor amiga de su hermana menor.

El problema era que mi polla desconocía esa regla y cada vez que veía a Katie la deseaba. ¿Quién no? Dulce, amable, discretamente guapa. Joder, tan discreta. Por alguna razón, la timidez me excitaba.

La vi acercarse a mí.

Cada vez más.

A la distancia, vi que llevaba una bandeja en mano y en la cintura, un delantal negro con bolsillos, uno con un montón de pajitas y una libreta de pedidos…¿Katie trabajaba aquí? ¿En The Roadside? ¿En este antro de mala muerte?

Era demasiado buena para esta ratonera… Tan dulce e inocente.

¿Por qué demonios trabajaba aquí? El lugar no era para ella.

Últimamente, yo había estado tan ocupado con mi trabajo que no había visto a Lainey para saberlo. Como uno de los poquísimos herradores de la zona, cubría casi todo el mercado de herraduras de caballos de Foso del Diablo. Eso era bueno porque había muchísimos caballos, pero también significaba que tenía demasiados encargos y necesitaba un socio que me ayudara. Un problema para otra ocasión.

De todos mis hermanos, Lainey era la que mejor montaba a caballo y ganaba cada vez más trofeos y premios en carreras de barriles. No se había hecho profesional como Trig, ya que ella trabajaba en el rancho familiar y solo competía por diversión, aunque decía que los premios no le venían mal. Cam era el veterinario que cuidaba de los animales. Yo era el herrador que les cuidaba los cascos, pero Katie Camden era quien tenía un don con los caballos único en el mundo. Trabajaba en el establo de la propiedad de su familia y era conocida en el pueblo como la

domadora de caballos. Ella podría domar a un mustang comprado en una subasta federal y volverlo un animal dócil.

De momento, en un bar tan ruidoso, toda mi atención se centraba en la tímida Katie. Mientras que mi hermana era como un torbellino y podía ser bastante alocada, Katie era extremadamente introvertida. Hablaba bajito, observaba en lugar de participar, pasaba desapercibida. Salvo para mí.

Como llevaba tanto tiempo observándola, me fue fácil darme cuenta de que algo le sucedía. Parecía angustiada. Más bien asustada. Tenía los ojos muy abiertos y la noté muy nerviosa. No dejaba de mirar atrás por encima del hombro. Fuera lo que fuera lo que le pasaba, no me gustaba y sentí la necesidad inmediata de protegerla.

No solo era una mujer que podría necesitar mi ayuda, ni siquiera porque fuera la mejor amiga de Lainey, sino porque era Katie Camden y no permitiría que nadie la molestara. Ella tenía que sonreír, joder, y punto. Si yo podía evitarlo, no debía tener miedo ni por un segundo. Averiguaría qué ocurría.

Pillándome completamente por sorpresa, vino directamente hacia mí, donde estaba sentado a la mesa con Ace y Cody, y me puso la mano en el muslo.

¡En el muslo…!

No recordaba que me hubiera tocado nunca. ¿Y la primera vez en el muslo? Joder.

Sentí el calor por encima de los vaqueros, pues tenía sus dedos a solo unos centímetros de mi polla, que, por supuesto, se puso dura al instante. Cuando se inclinó hacia mí y percibí su aroma alimonado, mis amigos, Ace y Cody, junto con todos los presentes en el abarrotado bar, desaparecieron. Luego, cuando Katie deslizó la nariz por mi cuello, todos los vellos de mi cuerpo se erizaron.

¿Qué carajos?

—Sígueme el rollo. Sé mi novio. Por favor, Bray —me susurró al oído.

Se apartó. Me miró a los ojos y su mirada oscura se clavó en la mía. Vi las pecas que tenía en la nariz y un destello en sus labios. No llevaba maquillaje, excepto el brillo labial que no necesitaba. Con su

abundante melena recogida en una coleta, se veía perfectamente guapa.

«Por favor, Bray». A mi polla le gustó escuchar esas palabras saliendo de su boca como una súplica, pero no en esta circunstancia.

No aparté la mirada de la suya, sabiendo que la sencilla camiseta del bar no podía ocultar el relieve de sus generosos pechos. Sus caderas amplias y su apetecible trasero le daban forma a sus vaqueros. Algunas personas podrían ignorar a Katherine Camden, pero yo veía lo guapa que era. Y si me tocaba y luego me suplicaba… Le daría todo lo que quisiera.

Pero ¿qué me dijo?

¿*Que fuera su novio*?

3



KATIE

BRAY NO ESTABA HACIENDO nada y seguramente lo dejé más pasmado que una pistola eléctrica. Yo, Katie Camden, lo toqué y le pedí que fingiera lo que nunca sería: mi novio. Como si él fuera a ir a por alguien como yo. La fea. A la que follarían sin verle la cara.

Al mirar atrás, vi que el borracho no estaba muy lejos. Desde su perspectiva, yo podría estar preguntándole a Bray si quería una jarra de cerveza para la mesa. No había prueba de que fuera mi novio de ninguna manera. Las mujeres eran cariñosas con sus novios. Coquetas. Seductoras. Las parejas se tocaban, se besaban. Tenía que ser creíble. Ese patán no me iba a follar en el baño de hombres.

Respirando profundamente para envalentonarme, me subí al regazo de Bray; quedé casi a horcajadas sobre él, aunque fui bastante torpe. Era más difícil de lo que creía en un taburete, pero tenía que lograrlo. Probablemente parecería una jirafa bebé intentando ponerse de pie.

Instintivamente, las rudas manos de Bray marcadas por el trabajo se posaron en mis caderas mientras arqueaba una ceja rubia. En la cercanía, pude notar la intensidad del azul de sus ojos cuando miró los míos fijamente.

—Hola, ca…cariño —murmuré, adoptando la voz sensual de una telenovela que había visto con mi abuela. Agarré su sombrero de vaquero, se lo quité de la cabeza y me lo puse. Era enorme y me quedaba grande, pero me lo eché hacia atrás.

Entonces lo besé.

Madre mía de mi vida.

Había soñado tanto con sentir su boca en la mía desde que tenía trece años. En aquella época, mis fantasías eran solo un beso de lo más inocente, pero este beso no se parecía *en nada* a esas ilusiones. En absoluto. No pasó ni un segundo para que él tomase el control después de que mis labios tocaron los suyos.

Bray deslizó sus grandes manos hacia abajo para agarrarme el trasero, inclinó la cabeza y tomó el control. Vaya labios más cálidos y carnosos, manos fuertes, cuerpo duro. Esto no era solo un beso.

Jadeé cuando su lengua se abrió paso en mi boca, mientras el roce de su barba me daba cosquillas en la piel. De repente, sentí un anhelo entre los muslos, como si estar cerca de él… encima de él… despertara algo desconocido en mí. No era el mejor momento para experimentar esas sensaciones, pero nunca me había instalado en el regazo de un hombre. Y jamás me imaginé que lo haría con Bray Wilder.

Derritiéndome en sus brazos, no pude evitar menear las caderas, sintiendo ese palpitar entre los muslos y mis pezones duros. Quería que todo el bar desapareciera; que solo estuviéramos Bray y yo, que metiera sus manos debajo de mi camiseta hasta tocar mi piel, que me acariciara los pechos o que fuera en sentido contrario a acariciarme el coño.

O ambas cosas.

Mi ligero meneo de caderas hizo que mi sexo rozara la parte delantera de sus vaqueros. Se sentía tan bien que gemí. Bray me ayudó a hacerlo de nuevo.

Cuando alguien cercano nos silbó y gritó algo así como que nos buscáramos una habitación, nos separamos a regañadientes. Los ojos de Bray, con los párpados pesados, se posaron en mis labios.

—¿Quién te ha hecho daño, gatita? —preguntó con una voz grave y más profunda de lo habitual.

Gatita. Ay, me encantaba.

Nunca me había llamado así. Ni tampoco me había tocado el culo.

Sus ojos azules se pusieron mucho más oscuros, tormentosos. No tenía barba frondosa, pero hacía unos días que no se afeitaba. Sentí esa aspereza cuando nos besamos.

—No me ha hecho daño, pero…

—¿Alguien te molesta?

Asentí con la cabeza.

—Trabajando aquí, estoy acostumbrada a los borrachos. A veces hay unos que se pasan de la raya, pero este es diferente. Me da mucho miedo y me dijo…

No pude decirlo en voz alta.

—¿Un borracho te molesta? —preguntó, entrecerrando sus ojos azules. El chico relajado que yo conocía ya no estaba, lo había reemplazado un hombre amenazante, decidido a hacer justicia.

Asentí, de repente ansiosa por algo más que sus manos y su boca.

—¿Qué te ha dicho? —insistió Bray, con una voz aún más grave de la que yo recordaba.

Me lamí los labios y Bray observó el gesto.

—Lo que me haría en el baño de hombres. Le he dicho que tú eras mi novio.

Apretó la mandíbula y sentí sus dedos apretarme el culo.

—¿Quién?

Esa única palabra sonó amenazante, e incluso un poco peligrosa.

Me giré un poco para mirar por encima del hombro. El movimiento provocó que mi núcleo volviera a rozarse contra él haciéndome gemir. Tenía las bragas húmedas; los pezones me palpitaban con la necesidad de que los lamiera y acariciara.

El patán, a menos de tres metros de distancia, nos observaba. Crucé mi mirada con la suya y lo señalé.

Bray se puso de pie, cogiéndome de la mano mientras lo hacía. Luego me dio vuelta y me sentó en su taburete como si yo no pesara nada. Me miró a los ojos y me acarició el pelo.

—Quédate aquí. —Se inclinó y me besó en la mejilla—. Ya vuelvo.

Luego, cuando se dirigió hacia el patán, la gente se apartó de su camino como si supiera que era mejor no detenerlo.

Bray iba a confrontar al imbécil. Dios, estaba tan nerviosa. Había metido a Bray en este lío. Él había venido aquí a pasarse un buen rato con amigos y beberse unas cervezas, no a pelearse por mí.

—No te preocupes por Bray —dijo uno de los amigos para tranquilizarme—. Puede cuidarse a él y a ti también.

Me volteé a mirarlo. Era guapo, de ondulado cabello negro con una sonrisa amplia, pero no se parecía en nada a Bray.

—Soy Cody —dijo—. Él es Ace.

El otro, Ace, que llevaba sombrero de vaquero y camisa azul, añadió:

—Hola. Quédate aquí con nosotros mientras Bray se encarga de todo.

No parecían ni un poco preocupados de que Bray fuera a «encargarse de todo».

Asentí distraídamente. Se veían simpáticos, pero tenía que centrarme en Bray, en su amplia espalda con la camisa apretada, en los vaqueros que le quedaban espectaculares con ese culo. Había apoyado una mano en una mesa alta, inclinado hacia la cara del patán. Solo quería que me dejara en paz. No era mi intención que la farsa tomara semejante giro. Entonces de repente…

¡Dios mío!

Bray agarró al patán por la camisa y lo alzó en el aire.

—¡Nadie se mete con mi chica! —dijo fuerte y claro, como para que se oyera desde el otro lado del salón y luego le dio un puñetazo.

Jadeé.

—¡Bray!

Me levanté para ir hacia él, pero Cody me agarró del dobladillo de la camiseta y me detuvo.

—Quédate aquí, nena.

Bray lo soltó y el hombre cayó al suelo, inconsciente.

La pelea atrajo la atención de todos. Bray no pareció darse cuenta, solo se dio media vuelta y volvió a centrarse en mí. Santo cielo. Esos ojos azules, esa mandíbula cuadrada, esa intensidad. No parecía enfadado, parecía posesivo, como si protegiera lo que era suyo y yo lo fuera.

No podía ser cierto. No era real. Estaba fingiendo. ¿*Verdad*?

Con cada paso, acortaba la distancia hacia mí. Tragué fuerte saliva, incapaz de apartar la mirada. Este no era el Bray adolescente del que yo me había enamorado. Probablemente había ganado quince kilos de músculo y tendría suficiente experiencia de vida como para que todos en un radio de dos kilómetros supieran que no era alguien a quien fastidiar.

Apenas redujo la velocidad cuando se acercó a mí. Solo me quitó el sombrero de la cabeza y se lo volvió a poner, antes de agacharse para cargarme encima de su hombro.

—¡Bray! —volví a gritar mientras me sacaba del bar.

4



BRAY

POR LOS COMENTARIOS de ese cabrón… se merecía más que un puñetazo en la cara. Que si no me importaba que ella era fea cuando tenía mi polla en la boca; que debía de chupar mejor que una aspiradora Hoover.

Nadie hablaba así de ella. Además de ser una falta de respeto, estaba completamente equivocado. Katie era preciosa. Si bien ciertamente me la imaginaba dándome una mamada, nadie más podía hacerlo.

Nadie.

Y mucho menos ese maldito imbécil.

En el momento en que Katie se subió a mi regazo y me susurró al oído, fue mía. Fue como un terremoto que sacudió la tierra para que luego se asentara de forma más sólida, tal como sucedió con mi hermano Trig, que había encontrado a su mujer, a Ellie, en medio de una tormenta de nieve que se desató finalizado el invierno. Dijo que

la vio y al instante supo que era suya, pues tan solo una mirada bastó. Colt le contó a todo el mundo cómo conoció a Molly cuando le echó un vistazo en las gradas de un rodeo y se quedó flechado.

A diferencia de ellos, yo conocía a Katie desde que éramos niños. Quizás era mía desde que tenía uso de razón y solo necesité que un idiota me la enviara directamente a mi regazo y ella me frotara su coñito por todas partes para darme cuenta de que no había nada que quisiera más en este mundo que cuidar de ella.

Aunque me pidió que *fingiéramos* ser novios*,* fue obvio, por el beso y por cómo se meneó gimiendo en mi regazo, que ella también me deseaba. Claramente no lo había fingido. Lo noté en la forma en que sus pezones rozaron mi pecho, en los gemiditos que soltó cuando nos besamos. Era real.

Nunca había oído que tuviera novio o amor de instituto o de universidad… No, Katie no había ido a la universidad. Ni había salido con nadie de Foso del Diablo. Lo sabría porque mi madre o Lainey lo habrían mencionado.

¿Katie quería mis besos? ¿Quería llegar al orgasmo solita en mi muslo? ¿Quería gemir y retorcerse de placer cuando la tocara?

Bien, porque le daría todo lo que quisiera.

De hecho, tenía la sensación de saber exactamente lo que necesitaba.

¿Era un problema que fuera la mejor amiga de mi hermana? Creía que sí, antes; pero ya no. Quizás para Lainey lo sería, pero tendría que superarlo. Ya me había cansado de mantener la distancia con Katie Camden.

En el bar, cuando me abrí paso entre la multitud, reconocí varias caras. Algunos, en su mayoría hombres, disfrutaron la escena. En cambio, las mujeres se quedaron atónitas. Todas. No les presté atención. Cuando salí, la música y el ruido se desvanecieron y caminé directamente hacia mi camioneta con Katie al hombro. Solo la bajé después de abrir la puerta del acompañante, echar unos guantes de cuero al suelo y sentarla en el asiento.

El aparcamiento estaba lleno y muy pocas personas llegaban o salían. Estaba bien iluminado, pero mi camioneta estaba apartada de la calle.

—¿Estás bien, gatita? —le pregunté.

Necesitaba saberlo antes de ir más allá.

—Estoy bien. Gracias por tu ayuda. —Asintió y luego miró a su alrededor—. Bray, tengo que volver al trabajo.

Negué con la cabeza.

—Ni hablar. No con ese cabrón todavía ahí dentro.

Tendría suerte si sus amigos lo levantaban del suelo sucio.

En lugar de agradecida, Katie parecía preocupada.

—Tengo que terminar mi turno.

Saqué el móvil del bolsillo y le envié un mensaje a Kyle, el dueño del bar. Él había ido a la escuela con Colt, y además éramos amigos. Sus padres tenían un rancho al sur del pueblo, cerca del nuestro.

—¿Qué haces?

—Le aviso a tu jefe lo que ha pasado y que no volverás.

No lo decía solo por esta noche, sino para siempre.

Me agarró de la muñeca.

—Bray, no. No le digas eso. Necesito…

Desvié la mirada desde el móvil hacia ella y vi pánico en sus ojos.

—¿Qué?

—Necesito el dinero —dijo, apartando la mirada—. Es viernes por la noche. No puedo… no puedo perderme las propinas.

¿Necesitaba dinero? ¿El ingreso extra de las propinas de una noche de fin de semana concurrida en The Roadside? Joder.

—Él te pagará —le dije—. Más las propinas. Esto es culpa suya. Debería haber puesto a un portero para que vigilara. ¿Dónde diablos estaban?

—Es lo que hay —dijo encogiéndose de hombros.

¿Es lo que hay? Significaba que…

Entrecerré los ojos.

—¿Ya te había pasado antes?

Me cabreé al imaginarme todas las veces que hombres de mierda la habían manoseado y le habían dicho cómo la follarían.

Katie apartó la mirada respirando hondo. Jugueteaba con las manos en su regazo con nerviosismo.

—No como este. Me ha dado un susto… —Su voz era suave y dulce. Tan pura, pero mancillada por ese maldito.

Con ella sentada de lado en el asiento del acompañante, me acerqué y le separé las rodillas para acercarme más.

—No volverá a pasar.

Quería confesarle que lo decía con propiedad, simplemente porque era mía, pero ya había tenido suficiente por una noche.

Sin embargo, como no podía resistirme a tocarla, le acaricié el pelo con la mano. Sentí la sedosidad, la suavidad. Las luces del aparcamiento no eran tan intensas, pero podía verla claramente. Era como si la mirara por primera vez. La conocía de toda la vida, pero ahora veía las pecas de su nariz, la comisura de su labio superior, sus grandes ojos, el bonito rubor de sus mejillas. Ya no era solo la amiga de Lainey.

No. Katie Camden era mi chica. Mi gatita.

Para mí no había vuelta atrás. Diez minutos antes, había entrado solo a The Roadside. En adelante Katie sería mi todo.

Me incliné para rozar mis labios con los suyos en un beso suave y hasta dulce, comparado con el que nos dimos dentro del bar. Nuestro verdadero primer beso, a sabiendas de lo que pasaba. No era falso. La química era muy real. El aire entre nosotros chisporroteaba. Nuestras respiraciones se entremezclaban. Me acerqué más, pues la altura de la camioneta era perfecta para que su coño quedara contra mi polla por encima de nuestros vaqueros.

—Joder —murmuré, inhalando su aroma.

—Bray…

Haría que dijera mi nombre así, con esa voz suave y entrecortada, cuando no hubiera ropa entre nosotros. Y no estuviéramos en un maldito aparcamiento.

Katie se merecía algo más que un polvo rápido ahí mismo. De lo contrario, yo no seria mucho mejor que esa escoria de tipo al que dejé inconsciente. Además, cuando finalmente la tuviera debajo de mí, yo necesitaría mucho tiempo. Horas. Toda la noche. Menos mal que tendríamos el resto de nuestras vidas.

—Vamos, te llevaré a tu camioneta.

—Yo puedo…

—No vas a cruzar sola este aparcamiento —le dije. De hecho, prácticamente se lo gruñí.

Claramente llevaba demasiado tiempo cuidando de sí misma. De niña había vivido con su abuela, pero la anciana había fallecido hacía más de un año. Mi gatita no tenía más familia, que yo supiera, y evidentemente no esperaba que alguien la ayudara. Cuando me dijo *sígueme el rollo. Por favor, Bray*, tuvo que rogarme que la rescatara porque era al único que reconocía entre la multitud; y en ese momento no esperaba que la acompañara a su coche a altas horas de la noche.

Katie miró a los lados un poco desconcertada. Con suerte, sería por el beso.

—No… no tengo mis llaves. Ni mi bolso.

Joder, tenía razón. Con un empujoncito, le acomodé suavemente las piernas para que quedase bien sentada en el asiento del acompañante.

—Siéntate aquí. Te lo voy a buscar.

—Pero…

Cerré la puerta y eché el pestillo antes de que pudiera protestar más.

Hablé directamente con Kyle, le conté lo que había dicho en el mensaje y le dije que mi chica había renunciado. De ninguna manera Katie volvería a trabajar en ese sitio y él lo entendió, o al menos entendió la mirada en mis ojos y la seriedad de mi tono de voz. Luego me indicó que fuera al depósito a recoger las cosas de Katie.

Salí rápidamente del bar y en mi camioneta le entregué el bolso.

—Gracias —susurró.

La agarré por las caderas, la ayudé a bajar, luego la tomé de la mano y la acompañé hasta su camioneta. Me gustó la sensación de su palma en la mía. Aunque era bastante alta, yo la superaba en muchos centímetros, ya que medía un metro noventa. Pero esas curvas… Madre mía. Quería hacer más que entrelazar mis dedos con los suyos.

Después de que sacara las llaves y abriera el seguro su camioneta, le abrí la puerta. Se subió y tiró el bolso en el otro asiento. La camioneta había pasado sus mejores días, no estaba en

muy buen estado y me preocupó que fuera segura. Tenía pocos airbags y solo tracción en dos ruedas. Le pediría a mi hermano Shep, el mecánico, que la revisara y se asegurara de que estuviese en buenas condiciones hasta que le consiguiera una más adecuada para Montana… y para mi chica. Quería darme una bofetada a mí mismo por haber dejado que ella se ocupara de todo sola tanto tiempo.

Con una mano en la puerta abierta, me incliné:

—Te seguiré a tu casa.

—No quiero ser una molestia, Bray —respondió rápidamente, sacudiendo la cabeza—. Ya has hecho suficiente y tus amigos te esperan.

—No te lo estaba preguntando. —La miré fijamente. Ella no era una molestia. Además, como me la había cargado al hombro, dudaba que Ace y Cody me esperaran de vuelta.

—Te acompañaré hasta la entrada de tu casa.

Su casa quedaba en el rancho Camden, alejada de la carretera, pero vería las luces traseras de su camioneta durante todo el trayecto; luego las luces de la casa cuando entrara. Estaba dispuesto a ceder hasta ese punto. No quería dejarla. Quería llevarla a su cama, demostrarle todas las razones por las que éramos perfectos el uno para el otro, por las que ella era mía. Sin embargo, Katie había tenido una noche bastante pesada. No la follaría así.

—Llámame si me necesitas. Prométemelo.

Frunció el ceño, confundida.

—¿Que te llame? No creo que ese hombre vaya a…

—Para lo que sea —la interrumpí—. Llámame.

Me miró fijamente, quizás preguntándose si hablaba en serio, pero era lista como para darse cuenta de que no daría marcha atrás.

—Vale.

—Buena chica.

5



KATIE

—¡QUÉ imbécil! —dijo Lainey con las manos en las caderas, enfadada por mí y de pie frente a mi armario, revisando mi ropa como si allí hubiera algo bonito y adecuado para salir por la noche a ligar.

Le había contado lo sucedido con ese patán en el trabajo anoche. No había mencionado a Bray. Bueno, le había dicho que él había estado allí, que le había dado un puñetazo al tipo, pero no le había contado que me subí a su regazo y lo besé. Menos que me había sacado del local cargándome al hombro.

Pasé toda la noche en la cama dando vueltas, percatándome de que podría haberle pedido que fingiera que era mi novio sin necesidad alguna de echármele encima. Si la situación hubiera sido inversa, lo cual era casi imposible, lo habrían arrestado por acoso si hubiera empezado a besarme.

Durante todas mis tareas matutinas de limpiar los establos, preparar la comida propia de cada animal y las miles de labores

relacionadas con cuidar de ocho caballos, pensé en Bray. En lo que sentí cuando me dijo *buena chica*.

Se había sorprendido al verme, más aun cuando me le subí encima como si fuera un árbol y le metí la lengua en la boca. ¡Pasmado se quedó!

Yo, la doña ratona, tomando la iniciativa.

Al menos Bray me siguió la farsa. Él tenía suficiente experiencia con mujeres como para que pareciera realista, aunque seguro que el puñetazo en la cara del tipo habría dejado todo más claro que mis besuqueos.

—Todo un idiota. Los demás no son mejores —le dije, sentada al borde de mi cama perfectamente tendida, en la habitación que había sido mi dormitorio desde que me mudé a vivir con mis abuelos cuando tenía seis años. Las muñecas y los pósteres de chicos ya no estaban, pero la pintura verde salvia de las paredes no había cambiado, ni tampoco el edredón a rayas a juego.

Unas horas antes, Lainey me había enviado un mensaje, después de haber competido en la ronda preliminar de la carrera de barriles de la feria del condado. Me dijo que saldríamos por la noche y que vendría a prepararse, después de que yo terminara mis labores de la tarde en el establo. Desde que Taylor no me ayudaba, todas las tareas me tomaban el doble de tiempo; le respondí que estaba demasiado cansada para salir y volví a cepillar a uno de los caballos. Para Lainey no fue excusa suficiente e igual se me apareció. Recién salida de la ducha, yo solo llevaba puesta la bata.

En su tiempo, las tierras de mi familia habían sido una pujante finca dedicada a la cría de caballos. Cuando mis abuelos eran jóvenes, el establo era próspero y muy conocido en Foso del Diablo. Luego, mi abuelo se enfermó y tuvimos que vender nuestro ganado para pagar las deudas. Unos años después de su muerte, también se enfermó mi abuela y para afrontar los gastos, ella y yo decidimos recibir huéspedes para sobrevivir. No personas, sino caballos. Ahora quedaba yo y tenía la cantidad de animales que podía manejar sola. La gente sin tierras o establos propios pagaban una cuota mensual para que alojáramos a sus animales. Los propietarios venían a

montar y cuidar de sus caballos, pero yo era la responsable de la atención diaria.

De momento, tenía ocho a mi cargo. Suponía mucho trabajo, tanto por las mañanas como por las noches.

Conrad Trout, un rico ganadero con uno de los ranchos más grandes de Foso del Diablo, llevaba años intentando que le vendiéramos las tierras. Como la abuela se negaba, yo también seguí haciéndolo por ella. Cuando falleció el año pasado, Trout, astuto, quiso presionarme para que le vendiera el rancho, aunque yo siguiera negándome.

Había bloqueado el cauce río arriba para que el arroyo donde pastaban los caballos no tuviera agua. Rompía las vallas para que los caballos se escaparan, lo que enfadaba a sus propietarios. Me demandaba por… Dios, por tantas cosas.

Lainey me había contado que Trout había saldado una deuda con Lance Mann, a cambio de casarse con su hija Ellie. Como Trig, el hermano de Lainey, se casó con ella primero, Trout se cabreó y desde entonces, había desatado mucho más su furia en mí. Al menos, como no buscaba casarse conmigo, yo intentaba recordarlo cuando comía sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada de almuerzo y cena.

Prácticamente, Trout me había obligado a aceptar el trabajo en The Roadside. Con dos hipotecas, reparaciones por los daños que él causaba, y que no podía demostrar, y honorarios de abogados para luchar contra él, mi vida consistía en trabajar todo el día en el establo y como camarera por las noches, donde me daban una comida durante mi turno, que me ayudaba aun más.

En mi tiempo libre —¡ja!— me gustaba quedarme en casa, leer, cocinar, o simplemente estar. Sin embargo, ser amiga de Lainey implicaba que ella intentaría sacarme de casa para que me divirtiera tan a menudo como fuese posible.

Como ahora mismo.

No solo no me interesaba socializar, sino que tampoco tenía dinero de sobra para gastar en una noche de fiesta.

Le ofrecí a Lainey un vaso de agua para que no viera que mi nevera estaba casi vacía. Eventualmente se daría cuenta de cuánto

estiraba mi dinero comiendo mantequilla de cacahuete mermelada, ramen, frijoles y arroz.

—Fue muy amable por parte de Bray cuidarte así —dijo, sacando del armario un top azul, examinándolo.

Visualicé a Bray tal como lucía anoche: alto, fornido, con vaqueros y camisa ajustada, las mangas remangadas que mostraban unos antebrazos deliciosamente bronceados y musculosos, las venas marcadas. La mirada azul fija en la mía, sus manos sobre mí, su boca.

Dios, todo en él me provocaba que se me acelerara el corazón, incluso antes del beso más tierno en su camioneta, que se sintió muy real; nada de fingido.

—Mmmmm —respondí, llevándome los dedos a los labios al recordar la sensación.

—No puedo creer que no tengas un vestido. —Lainey sacudió la cabeza con decepción y volvió a colocar el top en su lugar.

—¿Adónde voy a ir con un vestido? —le respondí. Me pasé la mano por el cabello húmedo—. ¿A limpiar establos?

—Haces más cosas que limpiar establos.

—Sí. Cepillo a los caballos, los aseo, les doy de comer, recojo el heno, trabajo en The Roadside. En algún momento, entre todo eso, hago la compra, me ducho, duermo. Si tengo tiempo libre, leo.

Sonaba quejosa, pero estaba exhausta. Cansada de no dormir. Cansada de no tener nunca lo suficiente, de sobrevivir mes a mes, de intentarlo una y otra vez y solo hundirme más en las deudas, de los problemas con Trout…

Era solo cuestión de tiempo que perdiera el rancho que había pertenecido a mi familia durante generaciones. Estaba cansada también de llevar esa pesada carga.

Ella suspiró, sabiendo que realmente estaba tan ocupada.

—Podrías ponerte un vestido para salir conmigo esta noche. Cena y luego unas copas. Habrá gente del circuito de rodeo. Va a ser divertido.

La feria del condado no era nada impresionante, aparte de una zona con juegos, atracciones y buñuelos, también era una parada anual para el rodeo profesional que atraía gente de toda la zona a

bares y restaurantes locales. Aunque Lainey se divertía tratando con desconocidos, a mí me parecía horrible.

Me dejé caer en mi acolchada cama y me quedé mirando el techo. El sol del verano le daba de refilón al atravesar las cortinas color crema. Tenía las ventanas abiertas porque no había aire acondicionado, y tampoco tenía dinero para pagarlo si lo hubiera. Afortunadamente, aunque era julio, no hacía un calor insoportable en Montana.

—Lo único que quiero ponerme es ropa cómoda y leer un libro. Echarme una siesta. Luego seguir leyendo —y no gastar el dinero que no tenía—. ¿No quieres hacer eso tú también? Entre las competiciones y el rancho familiar, estás muy ocupada.

—Te entiendo. Ha sido una semana de locos, pero ¡he ganado la ronda preliminar!

Parecía tan emocionada que no pude evitar sonreír sintiéndome orgullosa de mi mejor amiga.

—A veces, solo necesitas salir y esta noche es una de esas ocasiones —continuó—. Además, yo invito, ya que estoy manifestando que voy a ganar esta semana. Y *te obligo* a salir. —Se llevó las manos a las caderas—. No importa lo que mis ojos le digan a mi estómago, no puedo comerme toda una bandeja de nachos yo sola. A ver, sí puedo, pero no debería.

Era hora de resignarme al hecho de que iba a salir y Lainey se saldría con la suya. Como siempre, la extrovertida obligaba a la introvertida a salir al mundo. Pero me mantuve firme en una cosa.

—No quiero ir a un sitio de tragos. Sirvo tragos treinta horas a la semana.

Me lanzó una mirada de esas que había utilizado a menudo en el pasado, como cuando decidió que yo necesitaba flequillo —no lo necesitaba— en séptimo curso.

—Es una buena excusa —admitió—. Entonces serán nachos y hamburguesas. Llamaremos a Molly para saber si también tiene la noche libre. Y a Ellie, ya que está embarazada y no vamos a beber. Deberías ver cómo come últimamente. Un día de estos se va a comer a Trig. Vamos, tienes que salir. Haz cosas divertidas. Conoce a alguien.

Me reí con lo último.

—¿Conocer a alguien? Yo no soy tú, Lai —le recordé—. Nadie se interesa en mí. Créeme. —Tuve que forzar a su propio hermano para que fingiera ser mi novio. ¡Fingir!—. Si estamos juntas, solo te verán a ti.

Era tan guapa con su cabello rubio que llevaba recogido en una trenza suelta que le caía por el hombro. Unos mechones largos le enmarcaban el rostro de una forma sencilla y natural. Si yo hiciera eso, parecería que hubiera pasado por un tornado.

Su personalidad, radiante como el sol, atraía a la gente y caía bien a todo el mundo. Era popular, pero también amable, generosa y paciente. Prueba de ello era su amistad conmigo.

Se olvidó de mi armario y vino a sentarse a mi lado en la cama.

—Primero, eso es una tontería. Estoy tan soltera como tú.

—Chris Gómez fue un imbécil por desaparecer así. Tú estás mejor sin él.

Hizo un gesto con la mano como si ya hubiera superado a ese chico con el que había quedado unas cuantas veces y que luego desapareció. De casualidad, volvió a encontrarlo en la tienda y la evitó escondiéndose detrás de una estantería de melocotones enlatados.

—Segundo, tú eres la increíble Katie Camden: la domadora de caballos, aunque tengas que salir esta noche en vaqueros.

Sonreí.

—Sí, me comunico bien *con los caballos.* Me emociona un montón. La gente quiere que hable con humanos*,* pero no me sale muy bien. —Un ejemplo fue la noche anterior, cuando acosé a Bray en medio de un bar abarrotado de gente y, lo peor, delante de sus dos amigos—. Hasta tengo el pelo del color de los caballos. Probablemente tenga su aroma impregnado en la piel. —Incliné la cabeza y me olí el hombro.

Ella me miró.

—Tu pelo es precioso. Daría cualquier cosa por tener un pelo así.

Me reí mientras me llevaba la mano a la masa de melena húmeda que me colgaba por la espalda.

—Lai, yo…

De pronto, se oyó un estruendo en la planta baja que me hizo dar un respingo. Lainey soltó un grito ahogado.

Nos miramos con los ojos muy abiertos por un segundo, antes de salir corriendo de mi dormitorio y bajar las escaleras para ver qué había pasado.

—¿Qué cojones ha sido eso? —dijo Lainey, frenando en seco en la sala de estar.

La gran ventana delantera que daba al jardín de mi abuela estaba destrozada. Había cristales por todas partes. En el centro del suelo, justo al lado del viejo sillón reclinable del abuelo, había una enorme roca de río.

—¡Ten cuidado! —me dijo—. No llevas zapatos.

Alejándome del desastre de cristales rotos, fui a la puerta principal y la abrí de un tirón. Por mi camino de entrada se alejaba una camioneta oscura que levantó tanta polvareda que no pude ver mucho más.

—Voy a llamar a Colt —dijo Lainey, sacando el móvil para ponerse en contacto con su hermano alguacil.

Mientras seguía parada en la puerta abierta, lo único en lo que podía pensar era en que nunca podría escapar de mis problemas. No solo tenía que preguntarme quién me odiaba tanto como para romper la ventana, sino que también tenía que pensar en cómo pagaría la reparación.

6



BRAY

—¿Dónde estás? —me preguntó Colt cuando contesté su llamada.

—Conduciendo entre un encargo y otro. ¿Por qué? —Estiré la mano y bajé el volumen de la música.

Iba en mi camioneta con el remolque de trabajo. Mi trabajo consistía en cuidarles las pezuñas a los caballos. Las recortaba, les daba forma y les ponía herraduras. Los animales necesitaban ese cuidado rutinario, así que frecuentaba los ranchos de la zona atendiendo a los caballos, trasladando conmigo todas mis herramientas. Venía del este del pueblo, del rancho Marsden, donde me ocupé de cuatro caballos. Ese rancho estaba en mi rotación mensual, pero un caballo ruano había perdido una herradura y me llevó el doble de tiempo de lo previsto. Iba con retraso y me quedaban pendientes dos visitas más antes de que cayera la noche.

—Ha llamado Lainey. Tiene un problema.

Apreté los dedos en el volante y mi mente se centró al instante en cualquier cosa mala que le pudiera haber pasado a nuestra hermana. No sabía si debía frenar y dar la vuelta o hundir el pie en el acelerador.

—¿Dónde? —pregunté primero.

—En el rancho Camden.

El corazón se me paró en seco.

—¿En casa de Katie?

—Sí —confirmó—. Alguien le tiró un piedrazo a la ventana delantera. Lainey me ha llamado muy asustada.

Apreté el volante con fuerza.

—¿En serio? ¿Está herida?

Iba en la dirección correcta, así que pisé el acelerador. ¡Pero joder! No podía ir tan deprisa con el remolque.

—No. Ella está bien.

Gracias a Dios. Mi chica no estaba herida. Aun así, tenía que verlo con mis propios ojos y averiguar qué diablos había pasado.

—¿Y Lainey? —pregunté.

Hubo una pausa.

—Aguarda. ¿De quién estabas hablando?

—De Katie Camden.

Otra pausa.

—Ella también está bien, pero nadie le rompe la ventana a alguien que le agrada.

O sea alguien odiaba a mi chica. Apreté los dientes. Mi gatita estaba bien de momento, pero corría peligro y yo no estaba allí para protegerla.

—Puedo llegar en diez minutos.

Quizás en ocho.

7



KATIE

ME ENCONTRABA en el porche con Colt y Lainey cuando Bray llegó a toda velocidad por el camino de entrada a mi casa. Después de que la camioneta se detuvo derrapando en una nube de polvo, Bray saltó del vehículo. A medida que se iba acercando, tenía los ojos clavados en mí. No en la ventana rota ni en sus hermanos. En mí.

Tragué saliva sintiendo que se me sensibilizaban los pezones, sumado al cosquilleo en el estómago. Cuando su mirada recorrió mi cuerpo y luego se posó en la mía, vi la intensidad, el calor, la furia.

—¿Estás bien, gatita? —preguntó después de subir los tres escalones y llegar al porche.

Se acercó tanto que tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos azules. Su mano áspera me acarició la mandíbula.

Respiré su aroma familiar a jabón y a algo más que era exclusivo de Bray. Asentí. Con él allí, tan cerca, me sentí mejor de inmediato. Me sentí segura. La adrenalina de lo que había pasado

me había hecho temblar, pero en cuanto Bray llegó, fue como si supiera que todo iba a estar bien.

—Lainey, ¿tú estás bien? —le preguntó a su hermana sin apartar los ojos de mí. Ni siquiera estaba segura de si sabía que Colt estaba allí.

—Sí. Pero…

—¿Por qué no me has llamado? —me preguntó, interrumpiendo a su hermana.

¿*Llamarlo a él*?

Lo miré ceñuda.

—¿Qué? ¿Por qué? Es un problema mío. ¿Qué haces aquí? No tienes que ver a mis caballos hasta la semana próxima.

Lainey me había contado que le iba muy bien con su negocio y tenía más trabajo del que podía asumir. Mis clientes le pagaban para que viniera a mi rancho y cuidara de sus caballos. Era muy bueno, pero también era un Wilder, una familia de confianza en la zona.

Cuando su calloso dedo me acarició la mejilla, lo sentí en la entrepierna, los pezones me palpitaron.

—He venido porque anoche, después de que te subieras a mi regazo y te frotaras contra mi polla en medio de un bar, te dije que me llamaras si necesitabas algo. Me lo prometiste.

Lainey jadeó.

—¡Madre mía de mi vida, Katie! ¿Que hiciste qué?

Sentí cómo se me enrojecían las mejillas de vergüenza. No le había contado a Lainey lo sucedido en el bar, la parte en la que conseguí que Bray me rescatara, porque era muy embarazoso. Me había comportado de forma ridícula. Estaba segura de que también me había visto ridícula. Y encima, ¿con el hermano de mi mejor amiga? Miré a Colt, que de todos los hermanos, era el más serio. El más parecido a mí. La única reacción que mostró fue que su ceja izquierda se había arqueado bajo su sombrero de alguacil.

Quería volver corriendo dentro de la casa, dar un portazo y esconderme, pero los tres podían entrar por el enorme agujero de la ventana rota.

En cambio, cerré los ojos por un segundo.

—No, yo no…

—¿Necesitas algo? —Bray finalmente alzó la mirada hacia la ventana rota—. ¿Alguien le hizo esto a tu casa mientras estabas dentro y no se te ocurrió llamarme?

Tragué saliva, sorprendida de su enfado. De su frustración. De que se le marcara una vena en la sien. Tenía los ojos azules más oscuros, tormentosos. Pero no le tenía miedo; me daba seguridad, como si cualquier eventualidad estuviera bien con él presente.

Era una tontería. La ventana seguía rota. Quien fuera que lo hubiera hecho andaba suelto por ahí y yo tenía más problemas económicos que nunca. El hecho de que estuviera Bray no resolvía nada, solo confundía más todo.

¿Por qué se preocupaba tanto? Yo conocía a Colt igual de bien y él no estaba tan alterado, aunque probablemente había atendido llamadas más serias que esta.

—Es que… no creí que lo dijeras en serio —le dije a Bray—. Fue fingido. Yo solo soy una…

—No termines esa frase. Sí, te lo he dicho en serio, joder. —Se giró bruscamente hacia Colt—. Anoche había un cabrón en el bar…

Dios mío. El borracho espeluznante. Abrí mucho los ojos. ¿Él lo habría hecho?

—Se cabreó muchísimo por no haber podido echarle mano a Katie.

Colt se puso las manos en las caderas.

—¿Ah, sí?

Bray asintió y luego ambos me miraron.

Yo también asentí.

—¿Tienes una descripción?

Estaba a punto de abrir la boca y describirlo, pero Bray habló primero.

—Medirá metro setenta y algo, pelo castaño. Parece una comadreja. Pídele a Kyle que te dé las imágenes de las cámaras de seguridad —le dijo—. Ahí va a estar. No te saltes la parte en la que le doy un puñetazo en la cara. Rebobina desde ahí y tendrás lo que necesitas.

Kyle había dicho que tenía cámaras por todo el local. No era precisamente un bar de lujo, pero parecía que siempre pasaban

cosas turbias. Había oído que una semana antes de que yo empezara hubo una pelea colectiva y me alegré mucho de habérmela perdido.

Colt asintió con la cabeza.

—¿Sabes de alguien más que haya querido hacer esto? —preguntó.

Tenía pocos amigos. No le caía bien a todo el mundo, pero no creía haber hecho enfadar tanto a alguien como para que rompiera la ventana de casa. Despedí a Taylor, pero ella tenía otros dos empleos. Además, no era de las que lanzaban piedras porque uno no pudiera pagarle. Los acreedores no estaban muy contentos conmigo, pero su método para presionarme eran las molestas llamadas telefónicas.

Negué con la cabeza.

—No. Estoy demasiado ocupada como para hacer nuevos amigos. O enemigos. —Yo sí que sonaba aburrida.

—¿Qué dices de unos críos? —preguntó Lainey. —¿Alguna broma o reto?

Colt se encogió de hombros.

—Quizás, pero es bastante descarado para los niños de por aquí. Esta semana se celebra la feria del condado con el rodeo, que es donde suceden todas las locuras ahora. De todas maneras…

Suspirando, me aparté el pelo húmedo de la cara. El gesto hizo que Bray bajara la mirada y apretara los dientes.

—Gatita, aunque me encanta verte con esa bata tan ceñida, no me causa mucha gracia que mi hermano pueda ver el contorno de tus pezones.

Jadeé agarrando las solapas delanteras de mi vieja y raída bata y las cerré bien juntas. Lo último que quería era enseñarle nada a nadie.

—Bray, yo…

No pude decir nada más porque me puso las manos en los hombros, me giró hacia la casa y me dio una palmada en el culo.

—Pórtate bien y ponte algo de ropa.

—Eh, Bray… —comenzó a decir Lainey.

Miré a Bray por encima del hombro mientras me escocía el culo ¡Me había dado un azote! Señaló hacia dentro.

—Ahora.

Y me fui. Tratándose de Bray, parecía que respondía a su voz y a sus halagos. Mis pezones también.

8



BRAY

MI GATITA ESTABA BIEN. *Katie estaba bien.*

Lo sabía porque vestía solo su raída bata y no había sangre ni moratones; tenía el largo pelo húmedo suelto por la espalda. La bata la cubría con bastante recato, pero no ocultaba su curvilínea figura ni el hecho de que no llevaba sujetador. A mí eso me encendía más que la lencería más seductora. Tenía una erección tan dura como una roca y estaba perdiendo la cabeza sabiendo que debajo de la bata estaba desnuda.

Colt había venido y podía cuidar a las dos. Pero no. De ninguna manera. Llamaría a mis clientes para avisarles que iría mañana temprano. Por primera vez, tenía algo más importante que el trabajo. El cuidado de los cascos de los caballos era importante pero no tanto como mi chica.

—Eh, Bray… —dijo Lainey otra vez.

Dado que mi chica había entrado a la casa, finalmente me volví hacia mi hermana. Mi mirada también la recorrió, pero no de la misma manera que a mi chica. Fue de forma analítica, asegurándome de que no hubiera sangre ni huesos rotos.

—¿Sí? —pregunté, pasándome la mano por el pelo.

—¿De qué cojones ha ido eso? —susurró pero haciendo la mímica de un grito.

—¿Qué?

Alzó los brazos al aire.

—¡¿*Qué*?! Para empezar, te presentas aquí y de la nada le dices *gatita*. Después, no sé, hablaste de lo que pasó en el bar. ¿Y le acabas de dar una palmada en el culo a Katie Camden?

Miré a Colt, que tenía las cejas levantadas y una sonrisa burlona en los labios. Solo observar era normal en él. No sabía si le daría Molly algún azote en el trasero de vez en cuando, pero no parecía que estuviera en contra de la idea.

—Puede que Katie sea tu mejor amiga, pero ahora es mía —solté sin más.

Lainey me miró parpadeando como un búho.

—¿Cuánto tiempo lleva esto? La conoces desde que éramos niños, ¿y *ahora* mencionas sus pezones?

No quería tener que dar explicaciones, y menos a mi hermana, pero era la mejor amiga de Katie y sería la que más tendría que acostumbrarse a la nueva dinámica.

—Desde anoche, cuando se subió a mi regazo en The Roadside.

—Vale, pero todavía estás muy lejos para asumir que es tuya —replicó.

Me encogí de hombros.

—Diría que siento mucho que tu mejor amiga sea mía ahora, pero no es así.

Lainey tenía derecho a enfadarse. Imaginármela a ella con Ace o Cody me daba ganas de arrancarle las uñas a mi amigo con mis alicates de trabajo.

Ella ladeó la cabeza y me estudió.

—¿No es solo que estás cachondo y ella te viene bien?

Entrecerré los ojos. Me disgustaba esa insinuación, aunque en el pasado había tenido sexo con mujeres que me venían bien precisamente por esa razón.

—No.

Se acercó y me dio un empujón en el pecho. Era unos quince centímetros más baja que yo, pero en esta ocasión tenía la fuerza de su lado.

—Como le hagas daño, te atropellaré con la cosechadora, Bray.

Colt siseó. Esa sería una forma muy dura de morir.

Asentí.

—Entendido.

Lainey suspiró.

—Todo esto de reclamarla como un cavernícola es muy lindo, pero me parece que ella no sabe que es tuya —dijo, señalando hacia la casa.

Fruncí el ceño.

—Creí haberlo dejado claro anoche.

Se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Créeme, no lo sabe. Nos estábamos preparando para salir a ligar con chicos.

—¿Es en serio, Lainey? —preguntó Colt finalmente.

—¿Ligar? —añadí. —¿Qué carajos?

Lainey no se dejaba amedrentar por dos de sus dos hermanos. Tenía otros cinco hermanos sobreprotectores y estaba acostumbrada a nosotros.

—Es demasiado peligroso —espetó Colt.

Entrecerré los ojos, imaginándomelas en The Roadside, con unos idiotas alrededor pensando que podían hacerles lo que quisieran. No quería imaginarme a mi hermanita teniendo sexo jamás…, pero si iba a buscar a un chico, no iba a ser a la caza.

—Lo dice el que vio a una mujer en un rodeo y echó un polvo en un armario con ella —replicó Lainey mirando a Colt.

Tenía razón, pero me importaba un comino la doble moral cuando se trataba de la seguridad de Lainey y Katie.

—Ninguna de las dos debería ir de cacería de chicos —les dije.

—¿Cacería? —preguntó Lainey, poniéndose las manos en las caderas y entrecerrando los ojos—. ¿Qué hacías tú anoche en The Roadside?

—Quedé con Cody y Ace —respondí.

—¿Entonces no estabas a la caza de chicas?

—Miraba a una *sola* mujer y lo seguiré haciendo a partir de ahora.

—Tú y Katie solas por ahí… —dijo Colt.

Lainey lo interrumpió.

—¿Podríais dejar de comportaros como cavernícolas? Solo os estaba provocandol. Por Dios. Íbamos a ir a comer a River House. Íbamos a invitar a Ellie y a Molly. Si hubiera tipos allí…

Colt levantó la mano delante de la cara de Lainey.

—No se diga más.

—Tengo veintisiete años. ¿Quieres saber si soy virgen? ¿Aclaramos eso de una vez?

—¡NO! —gritó Colt.

—Joder, no —dije al mismo tiempo.

Ella sonrió con aire burlón.

—¿Has pensado alguna vez que Katie y yo podamos salir sin que implique que nos llevemos a un chico a casa o al aparcamiento?

Me cabreé y Colt gruñó.

Lainey sonrió.

—Dos pájaros de un tiro. Sois demasiado fáciles, chicos. —Suspiró—. Estoy soltera por exigente, tontos. Tengo ocho hermanos que me enseñan qué tipo de chico me merezco. Quiero algo real, no un rollo de una noche. Prefiero abrir el cajón de mi mesa de noche y sacar mi…

Esta vez, Colt le tapó la boca a Lainey con la mano para bloquear sus palabras. Lo último que queríamos saber era qué tipo de juguete utilizaba para darse placer.

Lainey y Colt se miraron fijamente durante unos segundos mientras yo hacía una mueca.

—¿Has terminado? —le preguntó Colt.

Ella asintió y él bajó la mano.

—Puedo mirar, igual que vosotros —continuó diciendo ella—. No quiero saber dónde metéis vuestras pollas, igual que vosotros no queréis saber nada de mi vida sexual.

Colt y yo gruñimos al mismo tiempo. Ella no había terminado de amedrentarnos.

—No soy tonta. Katie tampoco lo es. Tomamos decisiones seguras cuando salimos. —Extendió el brazo y señaló la ventana rota —. ¿Por qué os obsesionáis tanto con nuestros planes para la noche posiblemente peligrosos cuando acaba de pasar esto acá? Casi obligué a Katie a salir conmigo, ¿y ahora tiene que quedarse aquí sola?

Colt y yo miramos la ventana rota. Apreté la mandíbula al sentir la ira creciendo otra vez dentro de mí porque alguien volvía a meterse con mi chica.

—Llamaré a Buck y a Zeb —dijo Colt, sacando el móvil. Zeb había vuelto de la universidad a casa para pasar el verano y Buck trabajaba en el rancho familiar—. Hoy han estado con papá. Seguro que pueden traer una lámina de madera contrachapada.

De pronto, Katie volvió al porche con una escoba. Llevaba unos pantalones cortos vaqueros, una camiseta blanca sin mangas y chanclas. Ese atuendo tan simple me puso la polla más dura. Mientras Colt hablaba por teléfono con uno de nuestros hermanos, yo no le quitaba los ojos de encima a mi gatita. Le toqué el hombro y la obligué a darse la vuelta.

¿Por qué? Porque mostraba más piel que antes. Joder, más que con la bata. Nada intencionalmente excitante. La sencilla camiseta no dejaba entrever ni un ápice de escote, salvo que sus exuberantes tetas quedaban perfectamente perfiladas. Solo llevaba los brazos desnudos, al igual que sus largas piernas esculpidas y musculosas por todo el trabajo que hacía en el establo.

Me provocaba besarle cada centímetro de esa piel expuesta, y la que estaba cubierta también, para descubrir cómo sabía, cómo olía, qué la excitaba, qué la hacía gemir. Necesitaba marcarla y hacerla mía en todos los sentidos posibles. Quería envolverla en una manta y ocultar sus preciosas curvas de los ojos de cualquier otro hombre,

pero hacía calor y no debía esperar que bajara con una sudadera extragrande y una capucha.

—Es hora de irnos —le dije.

Ella se quedó mirándome.

—¿Irnos? ¿Para dónde? Tengo que limpiar esto.

—Te quedarás conmigo mientras averiguamos quién rompió la ventana y por qué.

—¿Qué? A Hayes no le gustará. Además, no puedo quedarme contigo —balbuceó.

Yo vivía con mi hermano, así que probablemente tenía razón. Aun así...

—¡Por supuesto que puedes! ¡Alguien acaba de atacar tu casa!

—Tengo tareas que hacer —replicó ella.

Tenía los ojos desorbitados, parecía más asustada ahora que le había dicho que se quedaría conmigo que cuando le tiraron un piedrazo a la ventana. No me refería a que se quedara conmigo. Sino a que se mudaría conmigo. ¿Cómo diablos dejaría que pasara otra noche sola en esta casa después de lo que acababa de pasar?

Katie había crecido aquí con sus abuelos, que habían fallecido con pocos años de diferencia. Desde entonces, había estado sola.

—¡Tengo que cuidar a los caballos!

Me dejó sin palabras. Tenía razón. Establos Camden no era grande, pero era conocido en Foso del Diablo por ser un excelente lugar para alojar animales. Todo logrado por mi chica. No podía dejarlos desatendidos, por más que quisiera alejarla de este lugar… y del peligro.

Asentí con una decisión tomada.

—Vale. Pues me quedaré aquí contigo entonces.

Abrió la boca y mucho más los ojos.

—Es ridículo, Bray. Estoy bien.

—Sí, porque no estabas en la sala de estar cuando una piedra de río atravesó la ventana —repliqué.

—Solo tengo que limpiar los cristales y conseguir una lona para tapar el agujero. Quedará bien. Estoy segura de que tengo una por aquí.

¿Estaba loca? ¿Que quedaría *bien* así? Ofuscado, me pasé la mano por el pelo.

—Alguien ha hecho esto adrede. Si ha sido el cabrón de anoche, ¿quieres estar aquí sola si vuelve?

Recordar al imbécil del bar que la había fastidiado me hizo querer ir a romperle la nariz al tipo. Lo mataría si realmente fuera él quien hubiera venido a asustarla. O algo peor.

El rostro de Katie palideció.

—No.

—¿Alguien ataca tu propiedad y crees que te voy a dejar aquí sola?

—Zeb y Buck vienen con unas tablas —informó Colt guardando el móvil en el bolsillo—. Llegarán en menos de una hora.

—¿Ves? Todo listo —añadió Katie, aunque lo último que parecía era estar lista. Parecía asustada, pero por alguna razón, era tozuda —. Cerraré la puerta con llave. Además, tengo la escopeta de mi abuelo.

—Me quedaré aquí —insistí.

—¿No tienes que trabajar? —preguntó ella.

—No.

Tenía que trabajar, pero no de momento.

—Lainey vendrá conmigo —añadió Colt—. Cenaremos en casa de mamá y papá.

Miró a Lainey, que simplemente se encogió de hombros. Era tan lista que sabía cuándo no insistir.

—Pero… —dijo Katie.

—Que me quedo —repetí.

Bajó la mirada al suelo del porche y luego me miró entornando las pestañas.

—No quiero causarte molestias, Bray.

¿De qué hablaba?

—¿Molestias? Gatita, no me molestas.

Sus ojos reflejaron una gran confusión.

—Bray… ¿por qué?

¿Por qué? ¿Por qué me quedaba? ¿Por qué no era una molestia? Joder, parecía que necesitaba algo más que un beso para saber lo

que había entre nosotros.

—Porque eres mía y cuido lo que es mío.

9



KATIE

Miré fijamente a Bray.

—¿Qué?

¿Que yo era suya? ¿De él? ¿De Bray Wilder?

La forma en que me miraba, con una intensidad que nunca antes había visto, demostraba que Bray hablaba en serio, pero igual…

—¿Cómo? —repetí—. No puedes… A ver, que nosotros… Tú…

—Exacto. *Nosotros*. No es una farsa. Nunca lo fue.

—Lainey y yo nos vamos —dijo Colt, interrumpiendo nuestras fijas miradas mutuas—. Lainey se viene conmigo. Buck y Zeb llegarán en un rato. Presentaré una denuncia ante la policía y conseguiré las imágenes de seguridad de Kyle.

Lainey me dio un incómodo abrazo de lado y yo apenas se lo devolví porque seguía mirando a Bray.

Se quedaría aquí.

Conmigo.

En mi casa.

¿Qué haría yo?

Lainey había estado en mi casa muchas veces a lo largo de los años. Conocía el estado del lugar. Sabía que no había hecho ningún cambio ni remodelación desde que murió mi abuela. De hecho, desde antes, cuando murió mi abuelo. La última vez que ella se había quedado a dormir, en lugar de pasar un ratito como había hecho hoy, fue en la época del instituto. La abuela nos había preparado sus *brownies* especiales de mantequilla de cacahuete mientras nos hacíamos la pedicura una a otra.

Bray no querría que le pintara las uñas de los pies.

Una cosa era que fingiera ser mi novio en un bar, pero ¿esto? No tenía sentido. No le fue muy difícil fingir cuando casi lo acosé sexualmente en The Roadside. Incluido lo de más tarde, en el aparcamiento, ese beso… Pudo haber sido el calor del momento. La oportunidad. Lo que fuere.

Sin embargo, el hecho de que Bray se quedara en mi casa le daría la oportunidad de observar de cerca mi vida. Todos mis defectos, mi estrés, mi agotamiento. Se daría cuenta de que era aburrida y no tenía vida. No era para nada excitante. Hasta había sentido pena de mi raída bata vieja.

Me había pasado la vida simplemente… existiendo. Aunque sí tenía objetivos, tales como intentar evitar que el banco se quedara con mi rancho o pagar las facturas de la luz y la comida. No tenía esperanzas de tener un marido e hijos.

Con veintiséis años, apenas había salido con alguien. Nunca llamé la atención de nadie, porque, como dijo el patán de anoche, parecía un ratón. No me parecía en nada a Lainey. Yo era inexperta, introvertida, solitaria.

Por otro lado, me asustaba la idea de que regresara quien fuere que hubiera tirado el piedrazo en mi ventana. No quería estar sola en casa si ocurriera. Tenía la escopeta de mi abuelo y sabía cómo usarla, pero nunca la había disparado más que para practicar tiro al blanco.

¿Y Bray aquí? Llevaba tanto tiempo enamorada de él que cuando me decía cosas… tales como «eres mía», me daba esperanza y anhelo, haciéndome soñar con más besos. Sin embargo cuando se quedara conmigo y viera mi verdadera personalidad, se iría. No. Saldría corriendo. Me daría una palmadita en la cabeza como a la mejor amiga de su hermanita y se iría a buscar a una mujer seductora que quedara perfecta a su lado.

Y así se acabaría cualquier esperanza que tuviera. ¿Qué haría después?

—No me he explicado bien, gatita. No lo entiendes y es culpa mía —dijo Bray.

El sonido del patrullero de Colt se fue apagando a medida que se alejaba hacia el pueblo. Bray me cogió en brazos y me llevó dentro. No tuve más remedio que soltar la escoba.

—¡Bray! —grité—. ¿Qué haces?

—Si las palabras no funcionan, tendré que follarte unas cuantas veces para demostrarte que lo nuestro no es una farsa.

Subió los escalones de dos en dos, sin que se le agitara la respiración cargando mi considerable peso. Sentí la contracción de sus duros músculos mientras se movía. Me había llevado en brazos dos veces contando anoche y tenía que admitirlo: me gustaba.

Una vez en el rellano, se detuvo.

—¿Cuál es tu dormitorio?

—No tenemos que…

—¿Cuál es tu dormitorio? —repitió.

Extendí el brazo y lo señalé.

—El de la izquierda.

Entró en mi dormitorio con paso firme, como un hombre con una misión, y cerró la puerta de una patada. Me puso de pie, me giró y me empujó contra la dura madera de la puerta. Entonces me besó.

10



KATIE

—Todos estos años… —murmuró mientras me mordisqueaba la mandíbula—. Te he tenido delante de mis narices.

Pegada contra la puerta, podía sentir cada centímetro duro y caliente de su cuerpo. Era grande por todas partes y su polla larga y gruesa se presionaba en mi vientre. Sus manos vagaron hasta deslizarse a mi cuello, sus ásperos dedos me acariciaban la piel desnuda.

—Bray… —susurré. ¿De verdad estaba pasando? ¿De verdad tenía a Bray Wilder en mi dormitorio? ¿Tocándome? ¿Besándome? Joder. ¿De verdad estaba tan, pero tan excitado por mí?

Luego levantó mi mano y se llevó mi dedo a la boca para chupármelo. Mis ojos se abrieron de par en par, luego se me cerraron los párpados. No tenía idea de que la yema de un dedo fuera una zona erógena, pero la succión de sus labios y el roce de su lengua me resultaron provocadores.

—Cielos…

Eso le hizo sonreír y me soltó la mano.

Solo porque se arrodilló.

¡SE ARRODILLÓ!

—Bray.

—Me encanta que digas mi nombre con ese tono entrecortado. Lo gritarás en un minuto, cuando te ponga mi boca en el coño. También cuando te llene con mi polla…

Bajó los dedos al botón de mis pantaloncillos vaqueros. Lo abrió y luego bajó la cremallera antes de que yo pudiera procesar sus movimientos. Después me los quitó de un tirón, junto con las bragas. Levantó del suelo mis braguitas de suave algodón, las que venían en un paquete de tres, y se las llevó hasta la nariz para olisquear el fundillo.

Cielos…

Luego gruñó. Nunca antes le había oído emitir ese sonido tan profundo, tan rudo.

—Estas me las quedo —dijo, mientras se las guardaba en el bolsillo de su camisa. ¿Quería quedarse con mis bragas nada seductoras? A falta de presupuesto, yo no tenía lencería fina, pues necesitaba ropa resistente y cómoda para trabajar, que era lo único que hacía todo el tiempo. Y, sin embargo, se las quedó.

Luego me levantó la pierna izquierda con el brazo, enganchándola por la parte trasera de mi rodilla. Me tambaleé y golpeé la pared con las palmas de las manos, sujetándome.

—¡Bray!

—Voy a comerte el coño.

Me le quedé mirando. ¿Era una alucinación? ¿Era un sueño?

—Necesito que lo consientas, gatita.

¿Que si quería que me comiera el coño? Pues, claro. Sí, quería.

—Vale.

Con la mano libre, se quitó el sombrero vaquero y lo tiró a un lado, antes de soltar un gruñido salvaje y poner la boca en mí.

—¡Madre mía!

Desnuda, con la pierna en su hombro y la puerta a mis espaldas que me sostenía ante la perversión de su boca, quizás debería

haberme tomado el tiempo de decirle que era virgen. Sí, virgen a los veintiséis años. Y por si fuera poco, era la primera vez que alguien me comía el coño.

No era que fuera ingenua, solo… inexperta. Una vez me había liado con Andy Shaunessy en la trastienda de la agropecuaria, pero se había puesto pesado y torpe antes de que la campana de la puerta de la tienda lo llamara de vuelta al mostrador. Después, no me había apetecido volver a por más.

Entre cuidar de mis abuelos y encargarme del rancho yo sola, no había tenido mucho tiempo para que otro acometiera contra mi virginidad. Cuando salía con Lainey, lo cual no era muy a menudo —porque me gustaba más leer un libro y darme un baño caliente que salir a buscar un hombre—, nunca se fijaban en mí. Todos querían follar con ella, nunca conmigo.

Y ahora, tenía a Bray a punto de hacerme llegar al clímax. ¡A Bray!

Lamiéndome de abajo hacia arriba, abrió mi núcleo con ambos pulgares y estampó la boca justo en mi clítoris. No podía ver nada de lo que hacía; solo su pelo rubio, pero sentía la lengua aplanada dando largos lametones y movimientos de vaivén. Hasta que… Ay, cielos, chupó.

Se me cerraron los ojos echando la cabeza atrás, mientras mis muslos temblaban, luego se tensaban. Nunca había sentido nada igual. Mi piel se calentó. Mis pezones se pusieron más erectos bajo el sujetador.

—¡Sí! —exclamé, meneando las caderas, mientras se me salían de la boca todo tipo de frases tales como *no pares*, *así*, *me gusta ahí*. No pensaría en la velocidad con que Bray me había hecho llegar al orgasmo porque debía de ser un récord. Aunque también era cierto que yo era la mujer más necesitada de todo el estado de Montana, pues nunca había tenido un orgasmo con un hombre, así que seguramente debería haberle facilitado el primer puesto. Pero ¿esto? Todo era mérito de Bray y su talento.

No quería pensar en todas las mujeres con las que había practicado para llegar a ser un experto. Solo me haría llorar, aunque debería darles las gracias porque… *vaya.*

Vi las estrellas. Grité.

Bajé la mano y le halé el pelo. Él se echó hacia atrás y levantó la cabeza para mirarme a los ojos. Verlo así… Ver a Bray de rodillas delante de mí, con la cara entre mis muslos...

Pensaría en este momento durante el resto de mi vida. No quería que se moviera de allí jamás. Sin embargo, por más que me sintiera de maravillas, no duraría mucho. Aceptaría lo que él me ofrecía, lo disfrutaría. Perdería mi virginidad con Bray. Luego me quedarían los recuerdos cuando volviera a estar sola, porque sin duda no se iba a quedar conmigo. Nadie se quedaba nunca.

11



BRAY

QUÉ RICO SABÍA ELLA, cielos. Sabía tan dulce.

Tan excitada estaba por mí que mi boca y mi barbilla quedaron empapadas. No quería limpiarme. Su piel era tersa como la seda y olía a… Joder, no tenía ni idea. A algo dulce, a mi gatita.

Seguramente, yo tendría líquido preseminal dejando una gran mancha de humedad en mis calzoncillos, pues sentía una necesidad salvaje de follarla, reclamarla, marcarla como mía. A la velocidad en que alcanzó el orgasmo diría que… su cuerpo sabía a quién le pertenecía. Yo había estado con varias mujeres, pero había algo en Katie que era diferente. Ella era más.

Todos estos años, había tenido delante de mí a la mujer de mis sueños y finalmente la haría mía. Pensé en todo ese tiempo perdido y llegué a la conclusión de que así estaba bien.

Quería que Katie se acercara a mí, que me necesitara, que despertara mi instinto feroz y protector que guardaba destinado solo

para ella. Ni siquiera había entrado en su cuerpo y ya lo sabía.

Normalmente, follaba con mujeres y cortésmente luego las dejaba, pues sabían que solo eran unas horas de diversión, sin ataduras, sin segundas veces. Nada más. En cambio, quería a Katie Camden como quería al aire que respiraba: la necesitaba para vivir.

Cuando me levanté, saqué su pierna de mi hombro deslizándola a la curvatura de mi codo, sosteniéndola a ella para que permaneciera contra la puerta. Cuando envolvió su otra pierna alrededor de mi cintura, la besé. Con la mano libre, me desabroché el cinturón, me bajé los vaqueros y los bajé lo necesario para sacar mi polla, encantada de salirse de ese limitante confinamiento. Luego rocé la punta en ese húmedo y ardiente calor. Gruñí, listo para correrme nada más con ese simple roce.

Levanté la cabeza; la miré. Tenía los ojos obnubilados tras el orgasmo y el beso; las mejillas sonrosadas, los labios hinchados.

—Quiero darte otro orgasmo, pero esta vez con mi polla. Mis hermanos llegarán pronto para cubrir la ventana. Será rápido, pero más tarde me tomaré mi tiempo.

Llevó la mano a mi nuca, agarrándome para sujetarse. Lo necesitaría para lo que vendría a continuación.

—Bray… —Mi nombre proveniente de sus labios otra vez. Joder, cómo me encantaba.

Moviendo las caderas, empujé hacia arriba y adentro de ella, atrayéndola hacia mí.

¡JODER! Aunque estaba excitada, encontré una estrechez tal que ni siquiera logré introducirme del todo.

Katie soltó un grito, apretándome tan fuerte con el coño que casi me estranguló la cabeza de la polla. La mano que tenía alrededor de mi cuello se tensó; sus uñas se clavaron en mi piel. Entonces abrí los ojos y miré a mi chica. No estaba en el cielo conmigo. Tenía el rostro contraído mientras se retorcía, como si intentara acomodarse… o apartarse de mí.

Era difícil de procesar sintiéndome tan bien, pero las lágrimas que se derramaban de sus ojos provocaron que se me activaran algunas neuronas.

—Cariño, ¿qué…? —Detuve las palabras. De repente lo entendí.

Era virgen.

12



KATIE

LISTO. Bray lo sabía. La sorpresa en su rostro y luego… Dios, qué rabia. Esto que teníamos ya se había acabado. Con cuidado, me apartó de su descomunal miembro haciéndome jadear.

—Lo siento, Bray —susurré, de pronto terriblemente avergonzada. No recordaba ninguna ocasión, y había tenido muchas, en que la vergüenza fuera tan horrible.

Claro que nada funcionaría entre nosotros. Era Bray Wilder. Perfecto en todos los sentidos posibles. Incluida la enorme virilidad que aún sobresalía de sus vaqueros desabrochados. ¿Era eso lo que había intentado introducir en mí? Era gigante. Gruesa, larga, curvada hacia arriba, con una hinchada corona, y parecía mirarme con furia, todavía brillando con mi excitación. No me extrañaba haberme sentido como si me partiera en dos, aunque solo hubiese conseguido introducir un tercio. Si no había podido con una porción, imposible aceptar el resto.

No solo era doña ratona, también era la señorita defectuosa. Miré al suelo, deseando que mis pantaloncillos vaqueros se movieran mágicamente desde donde Bray los había revoleado para poder volver a ponérmelos.

—¿Lo sientes? —repitió, pasándose la mano por la cabeza—. Katie, ¿por qué no me lo has dicho?

Katie, no gatita. Me encogí de hombros sin poder mirarlo a los ojos.

—Por esto.

Hasta aquí llegaría mi primera vez con Bray. Todo sería peor en adelante. Si me hubiera pasado con un desconocido que encontrase saliendo con Lainey habría sido difícil y quizás se habría reído. Habría abandonado tal como Bray después de un intento de embestida, pero al menos no tendría que verlo nunca más. Con Bray estaba destinada a verlo una y otra vez, pues era el hermano de mi mejor amiga. Tendría que revivir este momento por el resto de mi vida.

¿Qué iba a hacer? Tendría que evitar toda relación con la familia Wilder.

—¿Esto? —repitió, luego suspiró.

—Te he decepcionado. No lo sé hacer bien. Soy defectuosa. Obviamente…

Como yo hablaba mirando el suelo, apartando la mirada de su polla, me levantó la barbilla.

—¿De qué hablas?

Sentí que se me enrojecían las mejillas, no por deseo esta vez.

—¿Por qué tienes que hacerme repetirlo? —me quejé.

Me levantó y me llevó hasta mi cama, a unos pocos pasos. Se sentó y me puso en su regazo. No parecía importarle que su miembro siguiera fuera, duro entre nosotros, o que mi parte inferior estuviera desnuda.

—No estoy decepcionado de ti —dijo—. Me hubiese gustado saber que eras virgen. Lo habría hecho de otra manera.

—No creo que de otra manera te la vaya a hacer más pequeña, Bray —respondí dócilmente.

Se rio entre dientes.

—No, pero podría haberte preparado mejor. Habría usado mis tácticas.

Levanté la mirada para encontrar la suya.

—Oh.

—¿Qué es eso de que eres defectuosa?

—No me cabes. Sabía que seguramente me dolería, pero ni siquiera has podido entrar.

Sus ojos adquirieron un brillo oscuro.

—Oh, ya entraré. Mi nueva misión en la vida es darte un orgasmo con mi polla.

Negué con la cabeza.

—No sé qué estoy haciendo. No soy como las demás mujeres, yo…

Me tomó el rostro entre las manos. No tuve más remedio que mirar sus ojos azules.

—No, no eres como las demás mujeres. Eres más. Lo eres todo. Eres mía. Siento haberte hecho daño.

Me encogí de hombros.

—No pasa nada. Me vestiré. Olvidaremos lo ocurrido.

Intenté levantarme, pero las manos de Bray me agarraron por la cintura y me mantuvieron en su regazo para besarme. Era como si su boca sobre la mía fuera una droga. Rápidamente sucumbí a la sensación de sus labios, al remolino de su lengua. Finalmente, cuando ya no estaba tensa, se apartó.

—No hemos terminado, Katie. Simplemente lo haremos de otra manera.

Agarrando el dobladillo de mi camiseta, me la subió. Siguiéndole el juego, levanté los brazos para que pudiera quitármela. Mi núcleo palpitaba tras la incomodidad de intentar recibir esa enorme polla, lo cual redujo mi excitación aunque seguía ansiando más. Seguía queriendo más con Bray. ¿Era una tonta por seguirle el juego?

Parpadeé.

—¿No hemos terminado? —pregunté mientras él me quitaba el sujetador con destreza. Estaba demasiado confundida para detenerlo.

Bray negó con la cabeza bajando la mirada a mi boca, luego más abajo, a mis pechos desnudos. Gimió.

—¿Diferente en qué sentido? —añadí, cuando no dijo nada más.

Me alzó con facilidad, colocándome de manera que permaneciera en su regazo pero a horcajadas sobre sus caderas, con mis rodillas apoyadas en la cama, a ambos lados de él. Una mano se deslizó por mi culo y luego se movió entre nosotros. Jadeé cuando unos dedos se dirigieron a mi núcleo todavía húmedo y sensible.

Mantuve la mirada fija en Bray.

—Primero, usaré mis dedos para abrir este coño tan cerradito. Vas a correrte varias veces…

—¿*Varias veces*? —chillé, luego gemí cuando un dedo romo se deslizó apenas dentro de mí.

Solamente me había corrido una vez con mi juguete, quedé satisfecha y ya. Nunca había logrado llegar al clímax con un hombre, pues no había tenido sexo, ¿y Bray esperaba orgasmos más de una vez?

—…y luego te vas a follar tú misma encima de mí.

Mi cabeza cayó hacia atrás cuando ese dedo se deslizó adentro aún más, moviéndose deliciosamente. Follándome con lentitud. Nada más. Era solo un suave vaivén, sin profundizar demasiado, lo cual al principio agradecí, pero pronto se convirtió en una tortura. Meneé un poco las caderas para sentirlo más hondo, para que me diera más.

En todo momento, Bray me hablaba bonito mientras no dejaba de lamerme los pezones, alternando entre ellos. *Muy bien. Qué coñito tan perfecto. Es todo mío. Se amoldará a mi polla. Me vas a recibir todo. ¿Te has mojado más por las palabras obscenas o es porque he puesto mi dedo justo aquí…?*

Bray no paraba de elogiarme. Me narraba lo que me haría, lo que le gustaba de mí. No tenía ni idea cuánto tiempo pasó con un solo dedo dentro de mí, luego con dos. Para cuando añadió un tercero, había llegado a dos orgasmos con él follándome con los dedos casi con rudeza.

Antes de que pudiera llegar a otro orgasmo, apartó la mano haciendo un sonoro chapoteo.

—¡No! —exclamé abriendo los ojos y agarrándole la muñeca—. ¡No te atrevas a parar!

Sonrió al verme enfadada con él por dejarme tan ansiosa.

—El próximo será con mi polla.

Se tumbó en mi cama con las piernas dobladas en el borde y los pies apoyados en el suelo. Con un pequeño movimiento de caderas, se bajó más los vaqueros.

—¿Qué hago?

Se acomodó las manos detrás de la cabeza, luego me sonrió.

—Súbete, vaquera. Móntame la polla.

El líquido preseminal emanaba de la hendidura y bajaba por la abombada corona. Mirando su polla, ya no le tenía miedo y me relamí los labios de deseo. Mi núcleo ansiaba que lo llenara.

—Puedes hacerlo. Estás hecha para mí —murmuró.

Me mordí el labio, trepé por sus caderas y me puse de rodillas para quedar suspendida encima de él.

—Tómate tu tiempo. Llénate de mí.

Lentamente, bajé hasta que tocó mi entrada. Luego me dejé caer sobre él.

13



BRAY

JODER. Pensé que sería una buena idea permitir que mi gatita marcara su propio ritmo para recibir toda mi polla por primera vez en su cuerpo. Sin embargo, me resultaba casi imposible mantener las manos quietas detrás de la cabeza, mientras el contorno de su núcleo envolvía la cabeza de mi polla.

Cuando se meneó bajando un poco más, no sabía qué mirar: si su cara o cómo me tomaba por primera vez; o sus tetas, con ese relieve más que generoso y con los pezones erectos; o mi polla desapareciendo lentamente en su coño inexperto.

¿Cómo diablos era virgen?

Para cuando tomó otro centímetro, olvidé la pregunta.

Otro centímetro y olvidé mi nombre.

—Tú puedes —le dije, animándola mientras la estiraba tanto.

Tras una mueca de dolor, inmediatamente se humedeció los labios y soltó un gemido en el instante que pasó de la incomodidad

al placer.

Vaya, qué maravilla. Tan caliente. Tan húmeda. Tan apretada. Parecía un puño intentando exprimir el simiente de mis testículos. Subía. Bajaba. Despacio. Mirándome la cara. Posó las manos en mi pecho y luego sus uñas se clavaron allí cuando empezó a balancearse con un mejor ritmo.

—Buena chica. Otro centímetro. Sí. Tu coñito está abarrotado de mí, ¿viste?

Me apretó al oírme, haciéndome sonreír.

—¿Te gustan las palabras sucias?

Se sonrojó asintiendo con la cabeza.

Sí, joder.

No podía resistirme un segundo más.

Saqué las manos de detrás de mi cabeza para alcanzar las tetas y pellizcarle los pezones. Gimió y su coño se inundó de excitación. Gracias a eso, embestí hasta el fondo.

—¡Ahh! —gritó cuando por fin, *por fin,* quedó completamente sentada en mis muslos.

—Mira qué bien te ha entrado toda mi polla —la elogié.

Una tímida sonrisa le iluminó el rostro.

—¿Lista para moverte? Ahora es momento de pasarlo bien.

Cuando asintió, el cabello oscuro le cayó por los hombros como una espesa cortina. Lo aparté para que no tapara sus gloriosas tetas.

Apoyándose en las manos, volvió a subir y bajar, encontrando el ritmo que le funcionaba. Tomé nota de dónde se detenía, de la profundidad dentro de ella, e hice pequeños movimientos circulares, luego la dejé bajar del todo mientras yo estiraba la mano para frotarle el clítoris.

Era tan fascinante que yo no aguantaría por mucho más tiempo, pero no se trataba mí. Yo no me liberaría enseguida en su primera vez. Ella llegaría antes al clímax con mi polla; yo la seguiría después. No había otra alternativa y a tal fin me dispuse a pensar en la podredumbre de los cascos de los caballos; o en cualquier otra cosa que me mantuviera el simiente dentro de las pelotas por un poco más de tiempo.

Entonces llevé las manos a sus caderas, dejándola continuar. Deslicé una de ellas para que mi pulgar regresara a su clítoris. Abrió los ojos de par en par.

—Justo ahí.

No pude evitar sonreír.

—¿Te gusta ahí?

Ella asintió.

—Córrete para mí, gatita. Chorréame por todas partes.

Comenzó a moverse dejando el clítoris en contacto con mi pulgar. Cada vez más y más deprisa hasta que… ¡Sí!

Las paredes internas de su núcleo se contrajeron sincronizadas con sus gemidos, mientras echaba la cabeza atrás. Joder, era tan preciosa así de salvaje, tan desinhibida.

Era la verdadera Katherine Camden. No la mujer tímida y callada que prefería quedarse en las sombras antes que a la vista del mundo. Yo la había sacado de ese lugar lúgubre y puesto en primera fila. En el centro de mi universo.

Yo veía en Katie aquello que nadie más había visto. Ella me lo había permitido. Me había obsequiado con esta parte de ella. No me habría importado que no fuera virgen, joder, pero no me lo esperaba. Pero esto no iba de que otro se la hubiera follado o no, sino de que confiaba en mí lo suficiente como para compartir esta versión secreta suya conmigo. Solo conmigo.

Sabiéndolo, me liberé embistiendo con las caderas hacia arriba y dentro de ella, gimiendo mientras chorro tras chorro de mi simiente la inundaba, marcándola como mía.

No había pensado en usar preservativo con ella. Nunca lo había hecho sin uno. Siempre quería esa barrera de seguridad de que el rollo que tuviera con una mujer era temporal.

Con Katie nunca me lo volvería a poner.

Joder. No había vuelta atrás.

14



BRAY

TUMBADA DESNUDA ENCIMA DE MÍ, suave y cálida, mi gatita se había quedado profundamente dormida. Después de la primera vez, la había vuelto a follar; pues mi polla no había perdido la erección. De hecho, ni siquiera la había retirado de ella, para dejar que mi simiente se derramara allí donde estábamos unidos, mojando las sábanas.

No sabía si sentirme orgulloso por todos los orgasmos que yo le di y la dejaron inconsciente o si simplemente estaba agotada.

Cuando escuché acercarse una camioneta que luego se detuvo, me aparté con cuidado de debajo de ella y me levanté de la cama.

—Bray —murmuró Katie abriendo lentamente los ojos.

—Son mis hermanos —le dije—. ¿Necesitas que haga algo con los caballos?

Ella negó con la cabeza aún pegada a la almohada.

—Entonces descansa.

Después del sorpresivo ataque del cabrón que le rompió la ventana, no creía que el tipo fuera a aparecerse de momento. Esperaba a Buck y Zeb.

Como fuera, quería que mi gatita se mantuviera lejos de mis hermanos, pues ni en broma verían a mi chica con esa cara de bien follada. Tal y como Katie estaba tumbada boca abajo, con las sábanas arrugadas a su alrededor apenas cubriéndola, era la viva imagen del sexo y solo observarla me la ponía dura otra vez. Si ella volvía a bajar las escaleras con esa raída bata, tendría que sacarles los ojos a dos de mis hermanos. Afortunadamente, Katie se frotó la cara contra la almohada y volvió a dormirse.

Me puse los vaqueros, cogí los calcetines junto con las botas y bajé las escaleras. Buck y Zeb sacaban la tabla contrachapada de la parte trasera de la camioneta. Me encontré con ellos en el porche y redujeron el paso al verme sin camisa, probablemente con el pelo revuelto. No bajé la mirada, pero podía sentir los arañazos que tenía en el pecho y en la espalda, producto de las garras de mi gatita. No pude evitar sonreír al pensar que se había puesto tan salvaje conmigo. Y en que haya sido su primera vez.

Joder, todavía no me lo podía creer.

—¿Es cierto? —dijo Buck, subiendo los escalones del porche y apoyando la madera en el pasamanos.

—Sí, han tirado una piedrazo —dije. Me apoyé en la barandilla para ponerme las botas sin atarme los cordones. Había cristales rotos por todos lados.

—No esa parte, aunque lo del piedrazo ha sido una mierda —añadió Zeb, inclinando la cabeza—. Tú y Katie.

Sonreí.

—Sí, Katie y yo.

Me dio una palmada en el hombro y dejó la caja de herramientas que había traído consigo a un lado. Zeb era el menor de nueve hermanos. Con veinte años, iba a la universidad estatal y era un mariscal de campo estrella, pero había vuelto a casa a pasar el verano. Aunque era el más joven, también era el más fornido. Utilizaba su tamaño y su musculatura para llevar a su equipo de fútbol americano a la fama.

—¿Dónde está ella?

—Echando una siesta.

Ambos sonrieron.

—Será un poco difícil clavar la tabla sin despertarla —recordó Buck.

—No pasa nada. Vamos. —Pensé: *así vuelvo pronto a ella desnuda, a embriagarme de orgasmos en su cama.*

Fui a un extremo de la tabla mientras Buck agarraba el otro. Zeb estaba listo con martillo y clavos en mano.

—Mamá dijo que la lleves a cenar —dijo Buck, sosteniendo su lado sobre la ventana rota. Era una ventana panorámica, con un cristal grande. Tomaría las medidas desde dentro y encargaría el cristal en la ferretería.

—Va a hacer costillas y macarrones con queso. —Zeb se frotó el estómago. Le gustaba todo lo que cocinaba nuestra madre, que preparaba toneladas de comida para alimentarnos a todos.

El estómago me rugió al oír el menú. Sabía que mi gatita también tenía hambre, pero todavía no quería compartirla con ellos. Especialmente, porque la invitación de mi madre esta vez no era porque Katie fuera la amiga de Lainey ni porque había cenado con la familia muchas veces a lo largo de los años. Se debía a que se había enterado de que éramos pareja. Tendría que esperar. De momento, sería egoísta con mi gatita. No me separaría de ella hasta que Colt investigara quién fastidiaba a mi chica.

Zeb se puso manos a la obra con los clavos y, en menos de un minuto, la tabla quedó bien fijada. Se secó el sudor de la frente, ya que aún hacía calor.

—¿Te apetece algo de beber? —le pregunté, limpiándome las manos.

—Claro —dijo Zeb. Buck asintió. Ambos vestían vaqueros y camisetas llenas de polvo y sudor tras un día al aire libre en el rancho.

Cogí la escoba que Katie había dejado a un lado y entré a la casa, seguido por los chicos.

—No sé qué tiene de beber. Veré si hay latas de soda.

Abrí la nevera. Me quedé mirando.

Un tarro de mermelada. Una barra de pan blanco. Mostaza. Un cuarto de litro de leche. Lonchas de queso.

Era todo.

Cerré la puerta y abrí el congelador. Una barra de pan con una etiqueta de rebaja. Unas cuantas bolsas de verduras congeladas de marca genérica. Un recipiente de plástico para sobras con la letra de mi madre marcada con rotulador en la tapa que decía *salsa de espaguetis*.

Fui a las alacenas y abrí una tras otra. La granja era antigua y la cocina tenía alacenas de estilo vintage. Las encimeras eran de laminado blanco con motas doradas, pero estaban tan deterioradas que en algunas zonas habían desaparecido. Había una mesa de madera junto a una ventana que daba a la parte trasera de la casa y al lado había una puerta con una cortina color café sobre la ventana.

Al abrir la tercera alacena, encontré vasos y le di uno a cada uno de mis hermanos.

—Listo. Agua del grifo.

Mientras ellos se llenaban los vasos, seguí inspeccionando toda el área. La cantidad de alimentos era escasa. Cereales de bajo costo, avena, ramen, pasta, latas de frijoles.

Cerré la última puerta de un gabinete y me di la vuelta. Observé la cocina. No tenía despensa. La casa era demasiado antigua. ¿Qué comía mi chica?

Anoche había mencionado que no podía perder su trabajo en The Roadside, pues necesitaba las propinas de un ajetreado viernes por la noche. ¿De verdad escaseaba tanto el dinero que comía ramen y bocadillos de mermelada?

Tenía el rancho. Su establo estaba lleno de caballos.

Me sentí como si uno de sus caballos me hubiese dado una patada. Era un idiota. Por supuesto que necesitaba el dinero. Una chica como Katie nunca trabajaría en The Roadside a menos que la situación fuese desesperante.

¿Cómo había vivido así sin que yo lo supiera? ¿Lo sabría Lainey? Pensando en mi chica, en su timidez, sus silencios, su orgullo, probablemente no lo supiera. Dudaba que Lainey la hubiese dejado pasar hambre. Era intensa como nuestra madre. Protectora también.

Lainey había dicho que saldrían a cenar esta noche y ella invitaba. ¿Había cenado Katie anoche antes de su turno en The Roadside? ¿Tenía que aguantarse imbéciles, como el cabrón al que dejé inconsciente, para poder llenarse el estómago?

Mierda. Mierda. Mierda.

Me pasé la mano por la nuca, a punto de perder los estribos.

—¿Estás bien, Bray? —preguntó Buck, dejando su vaso en el fregadero. No había lavavajillas—. No te ves muy feliz para un hombre que acaba de encontrar a su mujer.

Gruñí. Como ella y Lainey pensaban salir, significaba que Katie aún no había comido. ¿Era esa una de las razones por las que había accedido a salir? ¿Para poder comer?

No importaba. En adelante, cuidaría a mi gatita. Me aseguraría de que fuera feliz, de que estuviera bien y no tuviera que trabajar en un lugar donde le echaran mano. Joder, nunca, jamás, pensé que tendría que cerciorarme de que ella no pasara hambre.

Apreté la mandíbula mirando a Buck.

—Dile a mamá que iremos a cenar.

15



KATIE

—¿Estás seguro? —le pregunté a Bray, sentada a su lado en su camioneta mientras conducía hasta la casa de sus padres. Me metí el pelo detrás de la oreja, inusualmente nerviosa. Tenía la música a bajo volumen y las ventanas abiertas.

Bray me había despertado de mi siesta con besos, acariciándome el pelo. No recordaba cuándo había sido la última vez que había echado una siesta. Por supuesto, tampoco había tenido relaciones sexuales antes. ¿Quién iba a imaginar que unos cuantos orgasmos me dejarían fuera de combate?

En lugar de decirme que se marchaba a su casa, Bray me pidió que me vistiera porque iríamos a cenar con su familia.

¡Su familia! Después de que nosotros…

Sentí que se me enrojecían las mejillas al recordar lo que habíamos hecho. Había estado en el rancho Wilder muchísimas veces, pero ahora todo era diferente. Se sentía diferente. Yo me

sentía diferente. Dolorida en lo más profundo de mí, lo cual no me sorprendía porque Bray era enorme. Pero sí me sorprendió mucho haberlo podido recibir. Pasaría días sintiéndolo cada vez que me moviera.

Parpadeé apartándome un mechón de la cara. ¡Me había acostado con Bray Wilder! Santo cielo.

Estiró la mano por sobre la consola central y tomó la mía.

—Por supuesto. Zeb habló de costillas y macarrones con queso y, bueno, se me abrió el apetito. Sin duda a ti también.

El guiño que me dedicó me hizo sonrojar. Mi núcleo palpitó. Me dolía la entrepierna porque, bueno, Bray era un amante tan... vigoroso que era difícil seguirle el ritmo.

Me había acostado con Bray.

Iba con Bray a casa de sus padres.

Estaba, al parecer, *con* Bray.

Como habíamos tenido sexo, quizás la forma gradual en que empezaba a soltarme era llevándome a comer con su familia. Con un grupo tan bullicioso, le sería fácil volver a ponerme en el territorio de la mejor amiga de la hermana, como era la costumbre cuando yo estaba allí.

Por otro lado, yo de verdad *tenía* mucha hambre y me encantaban los macarrones con queso de su madre.

—Lainey se va a enfadar porque se han cancelado nuestros planes y ahora voy a casa de vuestros padres.

Bray negó con la cabeza.

—Lo entenderá. Después de lo que pasó, queremos que ambas estéis a salvo.

—Podríamos habernos quedado en mi casa —añadí—. Es que ha sido a última hora.

—Si te quedabas en casa, ¿qué ibas a comer? —preguntó.

No era una acusación. De hecho, su voz era más tierna que nunca.

Me encogí de hombros.

—Probablemente pasta.

—¿Hablas del ramen?

Mis mejillas se sonrojaron al oír la pregunta. Él sabía que no tenía mucha comida. Afortunadamente, no insistió y solo dijo:

—No es a última hora si se trata de la familia.

—Pero estoy…

—Eres mía, gatita, lo cual te convierte en parte de la familia, aunque ya lo eras como la mejor amiga de Lainey. No te preocupes, te traeré de vuelta temprano, por si necesitas darles una vuelta a los caballos antes de acostarte.

No sabía qué más decir, así que solo asentí.

¿Qué se le decía a un chico del que había estado enamorada desde niña, con el que me había acostado y al que quería para siempre, pero sabía que simplemente era transitorio? Los chicos decían cualquier cosa para llevarse a una mujer a la cama, cosas que ella quería oír.

Bueno, para mí, era una sola palabra: *mía.*

Esa me volvía loca. Esa lo metió en mis bragas y me hizo gozar varias veces, lo cual era impresionante de por sí, siendo tan caballero. Todos los hermanos Wilder lo eran. Aunque estaba bastante segura de que la madre les había inculcado respeto y cortesía hacia las mujeres desde niños, dudaba que además hubiese añadido que debían asegurarse de que la mujer alcanzara el orgasmo primero al tener sexo.

Era consciente de que solo era una más para Bray. Había venido a rescatarme no una, sino dos veces, dos días consecutivos. Pronto descubriría que era demasiada carga. Demasiado complicada, demasiado callada, demasiado… todo; y se cansaría de rescatarme. Una mujer guapa y brillante se le cruzaría en su camino y él me daría una palmadita en la cabeza y me volvería a meter en la zona de la amiga de la hermana.

No obstante, me alegraba haber tenido sexo con Bray para quitarme de encima, por fin, esa primera vez. Dios, qué increíble había estado. Pero tenía que ser realista. Fue solo sexo. Solo sexo. No fue más que sexo. Él y sus hermanos se sintieron obligados a ayudarme con la ventana rota. Dios, casi lo había olvidado por completo, lo cual era una prueba de que estaba perdiendo la cabeza.

Tendría que pagar por una ventana nueva. Afortunadamente, tenía tiempo antes de que llegara el invierno y fuera indispensable sustituirla para mantener la calefacción; que era cara y se escaparía por ese agujero, tapado o no.

Cuando giramos por el camino de entrada al rancho Wilder, Bray volvió a apretarme los dedos. Bray. Bray y yo. En mi mente, intentaba no dibujar corazoncitos alrededor de nuestros nombres juntos. Si dejaba que fuera algo más, me haría mucho daño cuando todo terminara. Tenía veintiséis años. Era una aventura. Nada más.

Volvería a estar sola, pero eso sí, con una asombrosa experiencia sexual para recordar. Nada más. Tenía que mantenerme en mi lugar. La amiga.

En realidad, yo no era una Wilder. Nunca lo sería.

Y nunca sería de Bray, sin importar lo que él pensara.

16



BRAY

NO TENÍA idea de por qué Katie estaba tan nerviosa al cruzar la puerta de entrada de la casa de mis padres si había venido muchísimas veces en todos estos años. Incluso, cuando eran niñas, se había quedado a dormir con Lainey más veces de las que podía recordar. Sin embargo, nunca había llegado conmigo.

Entramos en la cocina antes de que todos nos cayeran como moscas y me viera obligado a soltarle la mano. El aroma al queso horneado y la salsa barbacoa inundaba el aire. La mesa de la cocina, con capacidad para quince personas, estaba servida con una enorme ensaladera, aderezos, una barra de pan y vasos de agua llenos.

—¡Ahí estás! —exclamó mi madre antes de abrazar a Katie y llevarla alrededor de la isla de la cocina—. Hace mucho que no vienes. ¿Te has enterado del potro nuevo?

Zeb merodeaba por la cocina cogiendo trozos de queso de la tabla de aperitivos que había en la isla central. Se llevó uno a la

boca, luego levantó la mano y, como de costumbre, Katie chocó la palma con él en un amigable saludo.

Lainey pasó por un lado y le dio una copa de vino a Katie, que bebió un sorbo mientras mi madre la mantenía ocupada con la charla.

—La cena estará lista en un momento, pero vamos a buscarte algo para picar. ¡Menudo día has tenido!

Mi gatita se atragantó con el vino. Mi madre se giró y se le acercó, preocupada. Lainey le quitó la copa de la mano. Me acerqué rápidamente y con delicadeza las aparté a ambas para frotarle la espalda a Katie. Ella levantó la mano y jadeó:

—Se me ha ido por el camino equivocado. Estoy bien.

Quería fulminar a mamá con la mirada por las palabras que escogió decir, aunque se refería a la ventana rota, no a que la hubiera follado tan duro que la atiborré con orgasmos toda la noche. Solo pensarlo me provocó una erección. Otra vez. No era el momento.

Cuando Katie recuperó el aliento, le quitó la copa de vino a Lainey y bebió un largo trago. Luego otro.

Mamá le quitó el plato a Zeb que él había colmado de aperitivos —mamá siempre preparaba aperitivos antes de la cena para entretener a todos sus hijos hasta que nos sentáramos a la mesa— y lo puso delante de mi gatita.

—¡Eh! —exclamó Zeb en tono jovial.

Cogí una zanahoria, la mojé en hummus y se la di.

Nuestras miradas se cruzaron.

—Gracias.

Katie tenía las mejillas sonrojadas y yo sabía cuál era la causa, aunque un ataque de tos disimularía bastante bien el verdadero motivo.

Mi padre, Shep y Cam entraron por la puerta trasera. Se quitaron los sombreros y los colocaron en la fila de ganchos que teníamos a un costado.

—¡Ahí está! —exclamó papá. Se acercó y abrazó a mi chica. Él vestía como siempre, vaqueros y camisa—. Sé que llevas años

viniendo aquí, pero de verdad me alegro mucho de que vengas aquí con Bray.

Mi padre sabía lo que pasaba, sin duda Lainey se lo había contado.

—Eh… Sí, gracias… —dijo Katie, bajando la mirada. Distraídamente, cogió un cubito de queso cheddar y se lo llevó a la boca.

—Chicos, lavaos las manos —ordenó mamá—. Zeb, saca los macarrones con queso del horno y ponlos en la mesa. Lainey, quítale el papel de aluminio a las costillas. Sentaos todos mientras está caliente.

Todos se pusieron en marcha porque cuando mi madre hablaba, la escuchábamos, especialmente cuando la cena estaba lista.

—¿Dónde están los demás? —pregunté mientras le indicaba a Lainey que se sentara a mi lado.

Los asientos habituales de Trig, Ellie, Colt y Molly estaban vacíos.

—Deberían llegar en cualquier momento. Molly está de guardia en el hospital. El amigo de Trig ha llegado para el rodeo y… ¡Ah, ahí están!

Miramos hacia el pasillo cuando Trig y Ellie entraron. No había visto a mi hermano mayor tan feliz como desde que encontró a su mujer. Por Ellie se había retirado del rodeo profesional y establecido definitivamente en Foso del Diablo. De hecho, tendrían un bebé después de Año Nuevo, según habían anunciado durante una cena unas semanas atrás. Lo celebramos con un pastel helado que mi madre sacó del congelador del garaje, destinado al cumpleaños de Hayes.

En el pasado, desde que yo tenía catorce años, Trig pasaba casi la mitad del año viajando, pero ya se había acabado. Rara vez lo veía sin Ellie a su lado. Aparte de Zeb, que se había ido a Missoula a estudiar en la universidad, todos vivíamos cerca de casa. Tenía la sensación de que él también se quedaría aquí y ayudaría con los trabajos del rancho. Era muy bueno en el fútbol americano, pero quería ser ganadero.

Ellie venía con Trig de la mano y se apartó para a sentarse en su sitio de siempre. Él le puso la mano en la espalda durante todo el trayecto y solo se sentó después de que ella se acomodó. Embarazada de cuatro meses, casi no se le notaba; no obstante, la actitud sobreprotectora de Trig era evidente.

Me imaginé a Katie embarazada, con un bebé nuestro, y comprendí el motivo de cada uno de los gestos posesivos de Trig.

—Familia, os presento a Beau Rivers —dijo Trig cuando un hombre los siguió hacia la sala—. Ha intentado ganar tantos campeonatos como yo, pero nunca le di la oportunidad. —Trig le dedicó a su amigo una sonrisa descarada dándole a la vez una palmada en la espalda.

Papá dio la vuelta a la mesa para estrecharle la mano a Beau.

—Bienvenido.

Beau tenía más o menos mi edad, cabello oscuro y perilla. Era más bajo que Trig pero más fornido. Me imaginé que podría defenderse perfectamente de un toro cascarrabias.

—Gracias por recibirme —le dijo a mi padre con voz grave y tranquila—. Todo huele y luce fenomenal.

Con su sombrero Stetson en la mano, saludó a mi madre con un gesto de la cabeza y luego dirigió la mirada a Katie.

Cogí mi sombrero, colgado del respaldo de mi silla, y se lo puse a mi gatita para que Rivers supiera exactamente a quién pertenecía ella. Pero no fue necesario. Rápidamente su atención se centró en Lainey y allí se quedó.

Lainey le devolvió la mirada y, por una vez en la vida, se quedó muy, muy callada. Y sonrojada.

Katie puso los ojos en blanco y se quitó mi sombrero, no solo porque había una norma que prohibía llevar sombreros en la mesa, sino porque le quedaba demasiado grande. Se lo quité y lo volví a colocar en su sitio, en el respaldo de mi silla.

—¡Justo a tiempo! —dijo mi madre—. Siempre hay espacio y comida para los amigos.

La mesa era grande, pero empezaba a quedarnos pequeña. Con Ellie, Molly y mi gatita en la familia, tendríamos que agregarle otra sección para alargarla más. Pronto habría también una sillita alta.

Trig le indicó a Beau el asiento libre para él, enfrente de Lainey.

Justo cuando empezábamos a pasarnos las bandejas de comida, entró Colt. Se quitó el sombrero mirando a Katie, que estaba a mi lado, y luego a mí. No parecía contento.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿Lo has pillado?

La comida quedó temporalmente olvidada. Todos se quedaron en silencio esperando las noticias de Colt. Se acercó y le dio un beso a mi madre en la mejilla. Luego miró hacia el otro extremo de la mesa, donde estaba nuestro invitado.

—Beau Rivers —dijo Beau a modo de presentación.

Colt asintió y luego miró a mamá.

—Vale —le dijo ella, levantando la mano y acariciando la que Colt le había posado en el hombro—. Cuéntanos lo que sabes.

Había una norma tácita para que Colt no compartiera ninguno de sus casos con nosotros durante las comidas. Pero éramos un grupo de fisgones y entrometidos, y él, al igual que mamá, se habían cansado de mandarnos a todos a la mierda.

Puse mi mano en el muslo de Katie debajo de la mesa.

—El tipo de The Roadside y sus amigos vinieron al pueblo unos días por la feria. Su tío es Conrad Trout y se han quedado en su casa.

Katie se quedó quieta, tensando los músculos bajo mi palma. La miré. Su rostro palideció. ¿Ella también conocía a Trout?

Juraría haber escuchado a Trig gruñir desde el otro extremo de la mesa.

—Conocí a Chase, el hijo menor, en clases —dijo Zeb —.Estuvimos en la misma residencia de estudiantes durante el primer año. Es extravagante. No me sorprende que su primo también sea un tipo divertido.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Lainey—. ¿Que envió a su sobrino a The Roadside a molestar a Katie?

—Todo el mundo conoce o está emparentado con todo el mundo en Foso del Diablo, así que no es tan grande la coincidencia de que sean parientes —mencionó Colt, dirigiendo la mirada hacia Katie por un momento—. Joder, somos nueve hermanos y siempre nos encontramos con alguien.

Colt tenía razón.

—Es obvio que Trout odia a Trig, pero ¿por qué a Katie? —Ella se quedó callada como de costumbre a mi lado, ante la pregunta de Colt.

Todos conocíamos a ese maldito Trout. Había conspirado para casarse con Ellie a cambio de saldar las deudas de su padre. Como a ella no le gustó la idea, huyó en medio de una gran tormenta de nieve, durante la cual Trig y Beau la encontraron. Con solo verla, Trig supo en ese instante que Ellie era suya; y para protegerla de Trout se casó encantado con ella dos días después. El padre de Ellie murió por entonces de un derrame cerebral, por lo que Trout no pudo recuperar ni a Ellie ni su dinero.

—No soy una Wilder —nos recordó Katie—. No tiene motivos para ir a por mí si está enfadado con vuestra familia.

Quería decirle que formaba parte de la familia, que pronto su apellido también sería Wilder, pero tenía razón. No tenía sentido. Estaba tan tensa que entendí que había tenido un encontronazo con Trout. Joder, ¿también había intentado forzar a mi gatita? Si era así, acabaría yo mismo con ese maldito.

—¿Conoces a Chase Trout, Katie? —Colt también se había dado cuenta de su reacción anterior.

Las bandejas con la comida daban la vuelta alrededor de la mesa. Mientras todos se llenaban sus platos, los ojos de Colt estaban puestos en Katie.

Ella tragó saliva.

—A Chase, no. Conozco a su padre, Conrad. Él quiere comprar mi rancho…

Eso era nuevo para mí.

—No sabía que estuvieras interesada en venderlo.

—Exacto, Kat, amas ese rancho —añadió Lainey, y luego le dio un mordisco a una costilla empapada en salsa que tenía en la mano.

Katie se sonrojó tomando el plato de judías verdes que le pasó Shep, sentado a su otro lado. Ahora sabía que ese mismo bonito tono rosado de sus mejillas era el de sus pezones.

—No quiero venderlo —admitió—. Le he dicho que no.

—¿Y? —insistió Colt, sabiendo que tenía que haber algo más con ese cabrón.

—Es… persistente…

La mirada de Colt se cruzó con la mía y supe lo que significaba. *¿Persistente, cómo?*

—¿Te ha hecho daño? —pregunté con voz baja y tranquila, tratando de no asustar a mi chica. Tenía a ocho hermanos en esa mesa, todos dispuestos a ir a la cárcel estatal por encargarnos de Trout si ella decía que sí—. ¿Quiere forzarte *a ti* a casarte con él?

La propiedad de los Camden era más pequeña que el rancho Mann, pero igual de valiosa, pues tenía acceso al agua del río, pasturas, buenas vistas.

Katie negó con la cabeza.

—Nada de eso. Solo amenazas. Bloqueó el arroyo en el límite de mi propiedad. Rompió una valla, aunque no tengo pruebas de que haya sido él. No tengo cámaras y no puedo vigilar cada rincón de mi rancho.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté. Nadie amenazaba a mi chica. Tendría que ocuparme de él, pero al ver la mirada de Colt, supe que no podía ser de manera ilegal.

Katie me miró.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Apreté los dientes.

—Porque eres mía.

Ella negó con la cabeza.

—No, soy amiga de Lainey. Puedo cuidarme sola, Bray.

—Por supuesto que puedes —intervino mi padre, untando mantequilla en uno de los famosos panecillos caseros de mamá. Lo miré y él arqueó una ceja.

No tenía ni idea de qué significaba esa mirada. ¿Que diera un paso atrás? ¿Que me la cargara al hombro y le demostrara que ya no tenía que cuidarse sola? ¿Que yo estaría allí para protegerla en adelante?

Si la cena no estuviese caliente y no tuviese que asegurarme de que mi chica comiera bien, quizá lo hubiese hecho. Katie tenía que

ingerir comida sustanciosa y saludable. Necesitaba sentir que ya no estaba sola. Como era mía, tenía a todos los Wilder de su lado.

Colt prosiguió:

—Bueno, el patán del bar de anoche, el sobrino, se fue esta mañana con sus dos amigos. Han vuelto a Boise, lugar donde viven.

—¿Estás seguro? —pregunté, aunque sabía que lo estaba. Colt era bueno en su trabajo y no habría dejado nada al azar, sobre todo si se trataba de alguien que molestaba a la familia. Y Katie era de la familia.

—Fui a casa de los Trout. Conrad Trout está en Aruba —añadió el nombre de pila para distinguir a todos los miembros de esa familia. Los dos hijos, que tenían edades similares a las de Shep y Zeb, y una hija un poco más joven. No sabía nada del sobrino y no tenía ni idea de si había otros miembros. ¿Sería que eran todos unos malditos?

—Aunque le creí al ama de llaves, revisé los registros de vuelo, que lo confirman —continuó—. En cuanto al sobrino y sus amigos, el manifiesto de su avión los tenía en el vuelo de las nueve de la mañana, lo que significa…

—Ninguno de ellos pudo haber lanzado esa piedra —terminé por él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Beau.

—Alguien lanzó un piedrazo al ventanal del frente de mi casa —le dijo Katie.

—¡Menudo lío! —añadió Lainey—. Quiero encontrarlo y…

—¿Tú estabas allí? —Beau dirigió su pregunta directamente a Lainey. Su voz se volvió más grave; sus ojos brillaron con una forma que reconocí: posesión.

Lainey se mordió el labio y asintió.

—¿Quizás le hayan pagado a alguien para que lo hiciera? —le pregunté a Colt, planteando una posibilidad. Quería que encontrara al responsable. Necesitaba que mi gatita supiera que estaría a salvo en su propia casa. Joder, *yo también* necesitaba saberlo.

Katie no levantó la vista. Tenía los ojos fijos en su plato lleno, con el tenedor todavía al lado, los hombros encogidos, como si intentara hacerse pequeña.

—Lo dudo —respondió Colt—. No han tenido tiempo suficiente para averiguar quién es Katie, dónde vive y luego encontrar a alguien que fuera a molestarla. Puede que sean unos imbéciles… A ver, unos tontos. —Mi madre le lanzó una mirada—. Pero no parecen tan listos ni tan organizados.

—Pero si Trout quiere las tierras de Katie…

—Estoy segura de que el borracho del bar ni siquiera me recuerda —murmuró ella—. ¿Por qué iba a hacerlo? Solo soy una camarera en un bar cualquiera. Apuesto a que liga con todas las camareras que le atienden.

¿Por qué iba a hacerlo? ¿Cómo alguien podría olvidar a mi gatita?

Colt se dirigió a su asiento de siempre y se dejó caer. Shep le pasó uno de los platos de macarrones con queso.

—Lo investigaré más a fondo, pero creo que Katie tiene razón. Ese tipo es un idiota que acosó a una camarera. Es solo una coincidencia que fuera Katie.

Asentí, aunque concordar significaba que estábamos en un callejón sin salida.

—Esos idiotas no parecían personas que se esforzarían tanto, ni siquiera estando tan cabreados por lo que pasó. Además, fui yo quien le dio un puñetazo al tipo. Debería enfadarse conmigo.

—Quizá no estén enfadados con Katie —sugirió Beau. Hasta ese momento, se había mantenido callado, observando—. Quizá lo estén con Lainey.

Todos se quedaron paralizados, luego miraron a Lainey. Ella se sonrojó ante tanta atención, pero sus ojos se abrieron como platos, como si nunca hubiera considerado esa posibilidad.

—¿Conmigo?

Beau solo se encogió de hombros, pero su mirada seguía atravesando a Lainey cual alfiler a insecto.

Joder. No lo había pensado. Cuando miré a Colt, me pareció que él tampoco.

—Si no fue el tipo del bar, ¿quién lo hizo? —preguntó mi madre, cogiendo su vaso de té helado.

Era lo que yo quería saber. Colt quería las mismas respuestas. Todos las queríamos. De momento, el panorama se había complicado bastante. ¿Quién estaba realmente en peligro? ¿Mi chica o mi hermana?

17



KATIE

—No sé por qué has traído esa cazuela de tu madre —le dije a Bray dos horas más tarde. Yo caminaba por el establo de un cubículo a otro con Bray a mi lado, que llevaba terrones de azúcar en una mano. Uno de los caballos, Junior, asomó la cabeza y se los comió directamente de su palma.

No nos quedamos de sobremesa en el rancho Wilder una vez que terminé de comer todo mi plato. Bray les dijo a todos que tenía que volver a casa para supervisar a los caballos. Por la sonrisa pícara que me había dedicado Lainey, claramente creyó que fue un eufemismo para aludir al sexo.

Aunque seguía dolorida por el encuentro de más temprano, mi núcleo se contrajo con ganas de más. Era como si con una sola probada, me hubiese bastado para volverme adicta al sexo. Adicta a Bray. A su polla tan talentosa. A sus manos. A su boca.

Después del postre, él y su madre habían ido deprisa a la cocina para empacar un plato de lasaña mexicana congelada, luego sus padres nos acompañaron a la puerta. La señora Wilder me dio un abrazo muy fuerte, el señor Wilder me dijo que lo llamara *papá* y Lainey me guiñó el ojo.

¡Me guiñó el ojo!

Dejé el plato en mi nevera para que se descongelara lentamente y poder calentarlo para la cena de mañana. Me puse las botas de trabajo y Bray me siguió al establo.

—Es uno de mis platos favoritos —dijo. Casi había olvidado de qué hablábamos.

Entré en el último cubículo y confirmé que Pepper tenía heno.

—Háblame de Trout —dijo inesperadamente Bray.

Sus palabras me sorprendieron. Me di la vuelta y lo vi apoyado casualmente contra la pared.

—¿Qué?

El corazón me empezó a latir con fuerza y, de repente, sentí calor en el establo. No era porque Bray fuera tan apuesto, por sus anchos hombros, por esos antebrazos ni por esos ojos. Podría tenerme cautivada como a toda una poeta con cada parte de su cuerpo. Todavía no me podía creer que hubiera tenido sexo con él.

¡Yo!

—Trout —repitió. No parecía que fuera a dejarlo pasar—. ¿Qué te ha hecho, aparte de bloquear el arroyo?

Negué con la cabeza.

—Nada. Pues nunca me ha tocado… si es lo que me preguntas.

Gruñó.

—Bien, pero puede hacerte daño de otras maneras.

Tragué saliva y me encogí de hombros.

—Lo estoy manejando.

Abrió mucho los ojos y apretó la mandíbula.

—¿Entonces sigue fastidiándote?

Negué rápidamente con la cabeza para tranquilizarlo. No estaba acostumbrada a que Bray se enfadara tanto.

—No —suspiré—. Pero tengo que reparar los daños. Y son costosos…

—¿Como qué?

— El último otoño, necesité un camión cisterna para llevarles agua a los caballos, porque tenía bloqueado el arroyo. Tuve que pagar por el cableado nuevo de la cerca y por el tiempo que Andy Shaunessy me dedicó para ayudarme a instalarlo. Además, me demandó por…

—¿*Andy* te demandó? ¿Por qué?

—No, Conrad Trout. Me citó dos veces a los tribunales por tonterías, pero tuve que contratar a un abogado. Y no son baratos.

—¿Te ha demandado? ¿Por qué diablos?

Pepper le dio un codazo a Bray en el hombro y él extendió la mano para acariciarlo de lado.

—Por tonterías que fueron desestimadas en el juicio.

—Quiere dejarte sin un centavo —dijo apretando los dientes.

—Y lo está consiguiendo.

—Pero ¿el establo no cubre tus gastos?

Asentí.

—Sí. Pero no todos los gastos de abogados, las dos hipotecas…

—Por Dios, gatita. ¿Por qué no dijiste nada?

Lo miré y noté la sombra que el Stetson proyectaba en su rostro.

—¿A quién? —pregunté, confundida.

—A Colt, que es el alguacil. Podría haber hecho que Trout se alejara de ti.

—Trout hizo todo legalmente. Molesto, pero legal. Menos romper la cerca el año pasado, pero no puedo demostrar que fue él.

—Entonces habla con Hayes.

Hayes era el abogado de la familia Wilder, un poco mayor que Lainey y yo.

—No quiero molestarlo —admití. Tampoco quería que los Wilder supieran de mis dificultades. Habían sido tan buenos conmigo todos estos años que no quería pedirles nada.

—Es su trabajo —dijo Bray casi con brusquedad—. Él hará que Trout y su abogado te dejen en paz.

No me extrañaría que Trout quisiera romperme la ventana para causarme más problemas económicos, pero era demasiado infantil

que lo hiciera él mismo. Quizás le había pedido a uno de sus hijos en lugar del sobrino.

¿Y si la idea de Beau era correcta? ¿Y si esa persona había seguido a Lainey hasta el rancho y había tirado el piedrazo por enfado hacia ella? ¿Significaba que yo estaba a salvo y Lainey no? ¿Significaba que Bray se iba a marchar?

—¿Entonces pagas todo trabajando en The Roadside?

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—¿Teniendo una camioneta que parece que se le va a salir una rueda?

Crucé los brazos y levanté la barbilla. No me gustaba su comentario, aunque fuera cierto.

—Era de mis abuelos. Me lleva a los lugares que necesito, Bray.

No todo el mundo tenía una familia tan unida como los Wilder para que colaboraran. Mi camioneta tenía que aguantar.

—¿Sin tener nada que comer? —preguntó, insistiendo—. Solo hay mermelada y lonchas de queso en tu nevera.

Me quedé boquiabierta. Mi vehículo era una cosa, pero ¿la comida?

—¿Has estado fisgoneando? ¿Por eso fuimos a cenar a casa de tus padres? ¿Por eso le pediste la cazuela a tu madre? ¡No necesito caridad!

Se me acercó y me puso las manos en los hombros.

—Cuando les ofrecí algo de beber a Buck y a Zeb, después de que taparon la ventana, busqué en tu nevera alguna soda o zumo. —Sus dedos me apretaron un poco—. Y nada de caridad. Eres mía. Te cuidaré y te protegeré hasta de ti misma.

Estaba enfadada, y yo no era de enfadarme ni irritarme tanto. Me encerraba en mí misma evitando cualquier tipo de confrontación. ¿Cómo se atrevía a decirme esas cosas? No habían pasado ni veinticuatro horas desde que me subí a su regazo y ya se pasaba de la raya.

—¡Puedo cuidarme yo sola! Llevo mucho tiempo haciéndolo.

—Lo sé —suspiró—. Pero ya no estás sola. No deberías tener que lidiar tú sola con gente como Trout, su sobrino o cualquier otra

persona. Colt se le va a pegar a Trout como las moscas al estiércol. Lo mismo hará Hayes con cualquier tema legal del que te tengas que ocupar. Llámalo.

Parpadeé.

—¿Qué? ¿Ahora?

Él asintió con la cabeza y sacó el móvil.

—Sí, ahora. —Deslizó el dedo por la pantalla varias veces y se llevó el móvil al oído—. Hola. Sí. Katie necesita hablar contigo.

Cuando Bray me tendió el móvil, no tuve más remedio que contarle todo a Hayes. Bray se quedó callado, escuchando mi parte de la conversación. Cuando Hayes me dijo que pasaría al día siguiente para conversar, porque estaba con Trig y Ellie, escogimos una hora y colgamos.

—Ya está. ¿Ves? Ya no estás sola.

La ira que sentía a causa del autoritarismo de Bray y sus acciones exageradas se disolvió cual terrón de azúcar en una taza de té caliente. Sonaba muy bien. Me sentía bien teniendo a Hayes para ayudarme con mis problemas legales. Además, contar con Bray de mi lado era increíble. Podía literalmente soportar la pesada carga. Y tener a toda una familia detrás de mí… Dios. Había estado tanto tiempo sola…

Era un alivio saber que cuando Trout volviera, porque lo haría, no tendría que enfrentarme sola a él. Que al final del día, yo vería llegar la camioneta con remolque de Bray porque venía a mi casa a verme, no porque su hermana corriera peligro en mi propiedad.

—¿Estás seguro, Bray? —Negué con la cabeza al recordar que los tipos como Bray conseguían lo que querían. Habíamos tenido sexo. Joder, había conseguido follarse a una virgen—. Mi vida es un desastre total. Pronto te cansarás de mí y te irás.

Negó con la cabeza y volvió a mirarme con dureza, como siempre hacía cuando le refutaba.

—Nunca.

Incrédula, resoplé.

—No merezco la pena, Bray. Créeme. No es emocionante estar conmigo. Ni interesante. Trabajo aquí, en los establos. —Agité el brazo—. Trabajo en The Roadside. En mi escaso tiempo libre, me

gusta quedarme en casa y leer. ¡Ni siquiera tengo un vestido! Si viviera en los viejos tiempos, sería una solterona sin gracia.

—Por como me has montado la polla, nunca te consideraría sin gracia.

Me quedé boquiabierta con sus palabras crudas y a la vez excitantes.

Proseguí, porque yo sabía la verdad y él casi no conocía quien yo era realmente.

—Soy como un ratón. Sosa y aburrida.

Sus ojos azules se entrecerraron.

—No tienes nada de aburrido. Debería darte unos azotes por cómo hablas de ti.

Jadeé. Y mi núcleo se apretó.

Me estudió durante un momento.

—¿Te gusta la idea de que te de unos azotes, gatita?

Levanté los brazos, lo que le hizo soltarme las manos.

—¿Cómo voy a saberlo? —grité—. Nunca un tipo decente me había siquiera mirado, y mucho menos amenazado con darme unos azotes.

—Bien.

Lo miré con ojos sombríos.

—¿Bien? ¿Sabes lo que es ser la fea? La…

Entrecerró los ojos y apretó la mandíbula.

—No.

—…la fea es la chica que se olvida fácilmente. Es cierto, Bray. Tengo *veintiséis años* y hasta hoy era virgen.

—Pues bien, porque no estabas destinada a estar con nadie más. Solo conmigo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Por qué ahora, Bray? He estado aquí todo el tiempo. —Señalé el suelo de tierra del establo y luego mi pecho—. ¿Cómo voy a pensar que te quedarás conmigo si no te habías fijado en mí hasta ahora? ¿Te habrías fijado en mí si no me hubiera subido a tu regazo anoche?

—Que yo sea ciego no es culpa tuya. No veía lo que tenía delante —admitió—. Al mismo tiempo, parece que siempre he sabido

que serías mía.

Yo sentía lo mismo por él, pero tenía demasiado miedo como para atreverme a tener esperanzas.

Negué con la cabeza saliendo del establo. Escuché sus pisotones detrás de mí, así que supe que me seguía. Lo esperé y luego comencé a cerrar la puerta principal.

—No, Bray. Lo siento. No puedo arriesgarme. El sexo ha sido fabuloso. Dios, no tenía ni idea. Pero cambiarás de opinión y te irás. No puedo permitirme que otra persona…

Me agarró del brazo y me giró, llevándome hacia él, hasta que nuestros cuerpos quedaron juntos. Me alzó la barbilla para obligarme a mirarlo. Su rostro lucía ensombrecido bajo su sombrero de vaquero, pero vi la intensidad de su mirada azul.

—No voy a dejarte, Katie.

Negué con la cabeza y una lágrima resbaló por mi mejilla.

—Todo el mundo me abandona, Bray. Estoy acostumbrada. Mis padres. Mis abuelos también.

Morir de viejo no era lo mismo que el abandono de mis padres, pero el resultado era el mismo: la soledad. Era más seguro quedarme sola antes que enamorarme de alguien que pudiera romperme el corazón.

Suspiró y me besó en la frente.

—Joder, gatita. Sé que te han hecho daño. Ojalá pudiera quitártelo. No te voy a abandonar. —Acompañó esas palabras con pausas—. No tienes que creer en mis palabras, pero te lo demostraré quedándome a tu lado.

Quería confiar desesperadamente en Bray. Quería dejarme llevar por esa sensación de seguridad y sentir que, por primera vez en mucho tiempo, no estaba sola.

—¿Cómo puedo creerte, Bray?

—Como mi madre se entere de que te hice daño, me pega un tiro.

No pude evitar que mis labios esbozaran una sonrisa. Tenía razón. Había visto a la señora Wilder enfadada y era mejor no cruzarse en su camino. Además, tenía muy buena puntería. Yo no era mala, Lainey y yo habíamos aprendido de ella.

—También están mis hermanos —continuó—. No te olvides de Lainey, que me ha jurado que me atropellaría con la cosechadora si te lastimo.

No pude evitar reírme de los métodos grotescos de mi amiga.

Era muy amable por parte de todos los Wilder querer protegerme, incluso de Bray, pero eso solo significaba una cosa.

—Lo que me dices es que ahora quedaste atrapado conmigo.

Suspiró de nuevo, esta vez con fastidio, y miró fijamente al cielo que se oscurecía antes de encontrar mi mirada.

—Vale. Suficiente.

Antes de que pudiera pestañear, me dio la vuelta. Apoyé las manos contra la pared para mantener el equilibrio. Luego me desabrochó los vaqueros y me los bajó por las caderas antes de que pudiera hacer nada más que gritar su nombre.

Y de repente… me dio una nalgada.

18



BRAY

INTENTÉ CALMAR mi polla porque ver la huella de mi mano en el culo desnudo de Katie me tenía listo para follarla. Volvería a penetrarla, pero primero ella tenía que aprender una lección: no era una carga.

—Quiero estar contigo, gatita —le dije, lenta y pausadamente.

¡Zas!

—¡Bray!

—La única persona de la que tienes que preocuparte por que te vea atractiva, interesante, divertida o cualquier otra cosa, soy yo.

¡Zas!

—¡Ay!

Definitivamente cada palmada aterrizaba en ese melocotón perfecto que tenía por trasero y adquiría un rosado oscuro muy bonito, pero no le estaba haciendo daño. Quizás le escocería un poco, pero la azotaba con moderación.

—Siempre has sido preciosa, siempre dulce, siempre amable. Has sido una buena amiga para Lainey. Eres una buena persona.

¡Zas!

—¡Bray!

Hasta entonces, Katie se había quedado atónita como para darse cuenta de que yo no la tenía inmovilizada. Se había quedado allí por su cuenta. Cuando empezó a girarse, le puse una mano en la mitad superior de la espalda.

—Me encanta que seas callada, que te guste leer, quedarte en casa y que seas cautelosa, porque quiero sentarme en nuestro sofá y leer juntos. Quiero tus pies en mi regazo mientras nos sentamos tranquilos frente a la chimenea. Quiero estar en casa contigo y follarte, reír, hacer bebés.

—¿Bebés?

Zas.

—No usamos preservativo y te he inundado con mi semen.

No había evitado el preservativo con la intención de tener un bebé, solo porque no quería que nada se interpusiera entre nosotros. Tenía que hacerla mía sin protección, sin barreras. Si se quedaba embarazada, y quedaría pronto dada la cantidad de veces que pensaba follarla, por mí estaba bien. Imaginarla concibiendo un bebé nuestro provocaba que mi polla ansiara estar dentro de ella otra vez.

—Quiero que me prestes atención, porque yo te la he prestado desde que éramos niños.

Se quedó quieta al oírlo. Entonces me acerqué y presioné mi pecho contra su espalda. Tenía la nariz hundida en su cabello y respiraba su aroma a limón.

—Lo que no entiendes es que tú tienes todo el poder, Katie.

Sus dedos se tensaron contra la pared.

—¿Qué? ¿Cómo?

Moví las caderas.

—¿Lo sientes? Tú me haces eso. Me pones duro. Me tienes de rodillas, gatita.

Ella negó con la cabeza y me miró por encima del hombro.

—Es una locura.

—No lo es. Tú también puedes marcharte, gatita, y dejarme destrozado.

—¿Tú, destrozado? —se bufó—. ¿Y cómo?

Nunca había dicho esas palabras porque nunca lo había sentido por nadie más. Jamás.

—Porque tienes mi corazón en tus manos. Necesito que lo cuides.

Entonces se dio la vuelta y la dejé, aunque la mantuve cerca, sin dejar espacio.

—¿Qué?

—Me has escuchado.

—¿En serio? —susurró, como si le diera miedo decirlo en voz alta.

Asentí y le di un beso suave.

—En serio.

—Tú… tú…

—¿Si te quiero?

Ella asintió. Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas y esperaba con todas mis fuerzas que fueran lágrimas de felicidad. Me partían el corazón.

—Sí. Katherine Camden, te quiero. ¿Quieres ser mi gatita?

Eso la hizo reír y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¿En serio?

—¿Quieres que te dé más azotes en el culo?

Ella negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—¡Sí, sí! —gritó, y se lanzó hacia mí. La alcé y torpemente rodeé mi cintura con sus piernas, pues tenía los vaqueros por debajo del trasero.

—¿Te duele el coño, gatita? —le pregunté, presintiendo su humedad en la parte delantera de mis vaqueros.

Negó con la cabeza y se mordió el labio.

—Un poco.

Arqueé una ceja.

—¿Un poco? No puede ser.

La llevé de vuelta a la casa. Cuando entramos por la puerta trasera y fuimos a la cocina, me sonó el móvil.

Suspiré mientras volvía a poner a Katie en el suelo. Saqué el móvil y miré la pantalla.

—Es Ellie.

—Hola, Ellie. ¿Todo bien? ¿Y el bebé? —pregunté.

—Todo bien. ¿Katie está contigo? —preguntó.

—Sí.

—¿Puedo hablar con ella? No tengo su número para llamarla directamente. Si no estáis ocupados.

¿Ocupados? Desde luego. Estaba a punto de ocuparme del ansioso coño de mi gatita. Pero necesitaba que Katie viera que tenía en su vida el respaldo de toda la familia Wilder.

Al diablo la urgencia de mi polla.

19



KATIE

—¿HOLA?

—¡Hola, Katie! Tienes que darme tu número para que podamos pasar de los chicos y organizar una noche de chicas.

Fruncí el ceño.

—¿Quieres planear una noche de chicas?

—¡Desde luego! Pero no te llamo por eso. No te enfades.

—Si empiezas así, no augura nada bueno.

Bray frunció el ceño, ya que solo escuchaba un lado de la conversación.

—No es nada malo, te lo prometo. Es que cuando hablaste con Hayes, él estaba aquí, conmigo y con Trig.

No sabía dónde era «aquí», pero la entendía.

—No nos ha dicho nada, pues ahora eres su cliente, así que no te preocupes.

—Vale.

No creía que hubiera muchos secretos en la familia Wilder, independientemente de la confidencialidad del abogado.

—En fin, quiero darte el dinero para pagar tu batalla contra Conrad Trout.

Mis ojos se abrieron de par en par y Bray me quitó el móvil y pulsó un botón.

—¿Hola? ¿Estás ahí? —dijo Ellie.

—Sí, Bray te ha puesto en altavoz. Estoy aquí. No puedo aceptar tu dinero —respondí de inmediato. Cuando miré a Bray, le hice una breve seña.

De pie en mi cocina, el único ruido que había era el zumbido de la nevera.

—No es mi dinero —aclaró ella.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, seguro que sabes lo que sucedió en el invierno con el señor Trout y mi padre.

Lainey me había contado todos los cotilleos al respecto. Por un tiempo, me alegró que Trout solo estuviera fastidiándome con el agua o demandándome, en lugar de querer casarse conmigo.

—Sí —dije.

—Le dio dinero a mi padre para pagar sus deudas, a cambio de casarse conmigo. Como sabes, no funcionó. Todavía tengo ese dinero. Medio millón de dólares.

Abrí mucho los ojos y me asusté un poco.

—¡No quiero medio millón de dólares!

Ella se rio.

—Lo sé. Yo tampoco lo quiero. Es dinero sucio, pero no lo pienso devolver. Creo que sería irónico usarlo para pagar los gastos de problemas legales que él te causa.

Pensé en la sugerencia. A Bray le hizo mucha gracia. Nos quedamos callados tanto tiempo que Ellie siguió hablando.

—De verdad, no tengo intención de tocar ese dinero. De hecho, intento averiguar cómo donarlo a una organización benéfica. No digo que tú seas una —añadió apresuradamente.

—Ellie…

—No es mi dinero. No me lo estarías quitando a mí. Me hará sentir muy bien saber que utilizamos el dinero de Trout para pagar por su propio mal comportamiento. ¿A ti no?

No le estaría quitando el dinero a Ellie. Se lo quitaría a Trout. Miré a Bray y asintió.

—Vale, siempre y cuando pueda decirle de dónde viene el dinero.

Ellie jadeó.

—¡Sí, por favor! Déjame estar allí para poder verle la cara.

Escuché a Trig refunfuñar desde el otro lado.

—Trig también estará presente.

—Gracias, Ellie —dije, sintiendo algo que nunca había sentido.

—Ahora eres mi hermana, Katie. Siempre he querido tener una. También tengo a Lainey y a Molly.

Cuando colgó, me lancé a los brazos de Bray. No pude evitar sollozar con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Estás bien, gatita? —me preguntó acariciándome el pelo.

Asentí.

—Estoy fenomenal.

—¿Ves? Familia.

—Sí, familia.

20



KATIE

—Si vamos a vivir en tu casa tendremos que comprar una cama más grande, gatita —dijo Bray mientras conducía y nos alejábamos del sitio de su segundo herraje del día.

Se había levantado junto conmigo al amanecer y me había ayudado con las tareas matutinas. Gracias a que había crecido en el rancho de su familia y era un herrador especializado exclusivamente en caballos, Bray sabía moverse en los establos como pez en el agua. Hasta lograba que fuera seductor alimentar a los caballos, cepillarlos y limpiar los cubículos. Además las tareas se terminaban en la mitad de tiempo.

Yo había sacado a los caballos para que pastaran durante el día y me aseguré de que el bebedero estuviera lleno de agua. Después Bray me insistió en que lo acompañara a sus encargos programados, más los que se le habían acumulado del día anterior, porque no quería que me quedara sola en casa.

Yo no sabía mucho de cómo fabricar y ajustar herraduras, pero era una asistente bastante competente, pues le ayudaba a mantener tranquilos a los caballos más nerviosos y sabía qué buscar cuando uno cojeaba o tenía problemas en las pezuñas. Bray también me enseñó a limpiarlas y recortarlas bajo su supervisión. Como decía Lainey, se me daban bien los animales y lo disfrutaba.

—¿Una cama más grande?

Esta mañana me desperté casi encima de Bray, con la cabeza metida bajo su barbilla y la pierna en su cintura. Nunca había dormido con nadie y me avergonzaba que quizás lo hubiese acosado durante el sueño.

¿La gente dormía como nosotros o cada uno ocupaba su propio espacio en su lado de la cama? ¿Lo había asfixiado? ¿Se quejaba porque necesitaba su espacio?

—¿Cuánto tiempo hace que tienes ese colchón? —preguntó.

Me tomé un momento para pensar.

—Desde que me mudé a vivir aquí.

Gruñó. Tenía las manos al volante de forma casual y me lanzaba miradas de reojo de vez en cuando.

—¿Cuántos años tenías cuando se fueron?

Hablaba de mis padres, quienes me dejaron con mis abuelos y nunca más volvieron a por mí. Como no percibí compasión en su tono, no me costó responder.

—Seis. —Me mordí la uña de un pulgar.

—Definitivamente es hora de una cama que no sea para niños.

La añadiría a la lista de cosas que necesitaba comprar, pero estaba muy por debajo en las prioridades con mi ventana rota.

—¿Has sabido algo de ellos?

Negué con la cabeza. Tenía bajas las ventanillas de la camioneta y el viento me soplaba el pelo suelto en la cara, a pesar de que lo llevaba recogido en una coleta.

—Vinieron al funeral de mi abuelo. Enviaron flores para el de la abuela. Lo último que supe es que estaban en California.

—Se unieron a una secta, ¿no?

—Un retiro religioso —lo corregí, mirándolo de reojo y sonriendo.

Él resopló.

—Entonces, una secta.

Tenía razón. Simplemente yo no lo quería poner en esos términos. Me encogí de hombros.

—Más o menos. Solo agradezco que mis abuelos me acogieran.

Mi madre había conocido a mi padre en la feria del condado, donde él era un trabajador itinerante. Se enamoró perdidamente y se marchó del pueblo con él solo para regresar unos años más tarde conmigo a cuestas. A mis seis años, recibieron ese «llamado» para unirse a Heaven's Gate. Tener una hija era una carga porque para ese entonces yo tenía que ir a la escuela. Cuando tuve edad suficiente para preguntarme por qué mis padres me habían abandonado, busqué información sobre el grupo en internet. Descubrí que, aunque su doctrina charlatana se basaba en la fe, su fundamento era un estilo de vida comunitario, donde se casaban muy jóvenes. Demasiado jóvenes. Sin ser legalmente mayores de edad.

—Quizás debería agradecerles que me abandonaran, en lugar de dejarme crecer en una secta para acabar casándome a los dieciséis años con un hombre que tuviera otras dos esposas —murmuré.

Sonaba ridículo, pero en un grupo como ese, seguramente era inevitable.

A veces me era difícil no odiarlos. Mis abuelos fueron más madre y padre para mí que los que me dieron la vida. Ambos tenían más de sesenta años cuando vine a vivir con ellos; y sin duda no esperaban criar a otra niña.

—Definitivamente yo les daría las gracias —señaló Bray—. Y luego les daría un puñetazo en la cara por haberte abandonado. Pero yo soy el afortunado. Ahora eres mía.

Me agarró la mano otra vez y se la llevó a los labios.

—Volvamos al colchón nuevo —continuó, mientras la camioneta avanzaba a los tumbos por el camino de tierra lleno de baches—. Por si aún no te has dado cuenta, soy un chico grande y necesito espacio para estirarme. Aunque me gusta que duermas encima de mí.

Se volvió hacia mí y me guiñó un ojo.

Eso respondía a mi pregunta.

—O podemos quedarnos en mi casa —añadió.

—Vives con Hayes —le respondí.

Todos habían crecido juntos en la casa principal del rancho Wilder, donde siempre me encantaba ir a jugar con Lainey. Como hija única con dos abuelos ancianos, el bullicio y la locura de ese lugar eran increíbles para mí. Zeb, que todavía iba a la universidad, era el único que vivía en la casa cuando no estaba estudiando. Todos los demás hermanos tenían sus propias casas en el rancho, excepto Bray y Hayes que vivían juntos. No creía que a Hayes le causara mucha gracia que una mujer viviera allí.

—Es cierto. Por ningún motivo Hayes puede escuchar tus gritos cuando te folle.

Jadeé.

—Yo no grito —respondí, mortificada.

Él sonrió y me lanzó otra mirada maliciosa.

—Lo siento, gatita, pero sí gritas. No te avergüences. Me encanta.

Me sentí avergonzada, pero lo disimulé porque él nunca me desmoralizaba por mis reacciones a sus caricias.

—Entonces, será en tu casa —dijo, como si la decisión fuera definitiva—. Con un colchón nuevo.

—¿Mi rancho no te queda muy lejos para tu trabajo? Quiero decir, tus encargos de hoy están en el norte del pueblo; más cerca de tu casa que de la mía. Tendrás que levantarte y salir más temprano de lo que probablemente te gustaría si te quedas conmigo.

—Lo haré. Me ha gustado cómo empezamos la mañana de hoy. Pienso tener mañanas como estas todos los días.

Me sonrojé. Se había despertado conmigo encima, luego me giró y bajó su cabeza a mi núcleo hasta que… Sí, grité.

—No te preocupes por el trayecto largo. No pasa nada.

—Puedes dejarme en casa de camino al rancho MacKenzie. Tengo los quehaceres de la tarde, luego voy a darme una ducha —le

indiqué cuando giró por la carretera que se desviaba hacia el sur desde el pueblo—. Trabajo esta noche.

—¿En The Roadside?

—Sí. A las siete.

—Pero renunciaste.

Parpadeé. ¿Qué?

—No, no renuncié.

—Lo hice por ti la otra noche.

—¿Cómo que lo hiciste por mí?

—Cuando fui a buscar tu bolso y tus llaves, le dije a Kyle que te ibas.

Me giré en mi asiento para mirarlo y gritarle directamente a la cara:

—¡Me iba por esa noche!

—Para siempre.

—¡Necesito ese trabajo, Bray!

—No, ya no lo necesitas.

—Bray. No lo entiendes. Tengo…

—Cuentas que pagar. Lo sé. Puedes usar el dinero de Trout que te dará Ellie. Las revisaremos y después las cancelaremos.

—No puedo usar ese dinero para cosas que Trout no hizo; como arreglar mi camioneta o reparar el grifo de los establos.

—¿Qué problema hay con el grifo?

Hice un gesto con la mano para que dejara de lado su pregunta y seguir con el tema.

—¡Necesito el trabajo para pagar otras cosas! —grité alzando las manos.

—Pagaremos lo demás con nuestro dinero.

—¿Nuestro? —parpadeé—. ¿*Nuestro*? ¿De qué hablas?

—Podrías estar embarazada de un hijo mío, Katie Camden. Apuesto a que tienes las bragas empapadas con todo mi simiente. Yo cuido de lo que es mío. Y eres tú.

Dios mío, tenía razón en todo. No habíamos usado preservativos. Yo no tomaba anticonceptivos. Ciertamente tenía las bragas empapadas. Pero no significaba que él tuviera que cubrir mis gastos con el dinero que tanto le había costado ganarse.

—¿Cómo? ¿Pagando mis deudas legales y pidiéndole a Andy que venga a tomar medidas del cristal para la ventana?

Ni siquiera sabía que Bray había contactado al dueño de la tienda agropecuaria hasta que me dijo que se había encargado de ello. Andy abastecía a los ranchos del pueblo, desde maquinaria agrícola hasta pollito en primavera, y también tenía una selección razonable de artículos de ferretería. Era el lugar más cercano sin tener que ir a Missoula.

—Para empezar, Hayes y yo vamos a tener una charla con Conrad Trout. —Sonrió con lo que parecía un malicioso regocijo—. Va a ser divertido.

—¿Y si él no tuvo nada que ver con el piedrazo en la ventana?

—Tiene muchas otras causas por las que responder y tú lo sabes.

—¿Y si Beau tiene razón con lo de la ventana y el problema es con Lainey?

Mientras que su rostro se volvió sombrío, sus nudillos se pusieron blancos al apretarlos en el volante.

—Nadie se mete con una mujer que tiene ocho hermanos y sale ileso.

—Además está Beau —añadí—. Noté cómo miraba a Lainey.

—¿Cómo? —preguntó. Por cómo apretaba los dientes, él también lo había visto pero no quería admitirlo.

—Como tú me miras a mí —admití.

—Exacto. Por eso te estoy ayudando.

—Bray —suspiré.

Pensar en que él y su familia se encargaran de mis problemas, como lidiar con Conrad Trout, me parecía el paraíso. Mi carga era tan pesada que la idea de que pudiera compartirla con Bray hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas. Era demasiado bueno para ser verdad. ¿Por qué quería ocuparse de todo? ¿Solo porque nos acostamos?

Bray redujo la velocidad de la camioneta y la detuvo a un lado de la carretera. Se giró y me tomó las manos.

—¿Me quieres, Katie?

La expresión de esos ojos azules era sincera, intensa. No podía apartar la mirada.

—Sí.

Ya se lo había confesado. Si le daba cualquier otra respuesta, los dos sabríamos que era mentira.

—Entonces piensa en cómo podemos añadir una herrería en el establo para mí. —Me quedé boquiabierta. Bajó la mirada hacia mi boca—. No me des ideas con esa boca.

La cerré de golpe.

—¿De qué hablas? ¿Una herrería? ¿Por qué?

—Todos en el condado conocen la calidad de tu establo —comenzó—. ¿Quieres ampliarlo?

Me encogí de hombros.

—Ya estoy bastante ocupada tal y como están las cosas. No puedo encargarme personalmente de la carga de trabajo que suponen más caballos.

—¿Necesitas ayuda? Cuentas conmigo. Con el dinero de Ellie, bueno, de Trout, estarán cubiertas tus deudas legales. La valla se va a arreglar. Pagarás tu segunda hipoteca. Joder, tal vez hasta la primera. Montaré un espacio para mi trabajo. Los clientes podrán traerme sus caballos.

—No todos pueden hacerlo —dije, dándole vueltas en mi cabeza a la propuesta. Sería increíble sacarme las deudas encima. Hasta podría volver a tener ganancias y comprar cosas.

Bray se encogió de hombros.

—Igual haré visitas a domicilio. Hace tiempo que quiero un asistente y no hay nadie mejor que tú. Somos el equipo perfecto. Has hecho un trabajo fenomenal con esas pezuñas y yo soy muy bueno paleando estiércol.

Eso me dio risa.

—Haremos de Establos Camden el mejor establo de la zona.

Abrí mucho los ojos.

—Pero… ¿quieres que lleve mi nombre?

Se inclinó y me besó. Sus labios eran suaves, pero el beso fue firme.

—Establos Camden es el nombre perfecto para lo que vamos a construir juntos, siempre y cuando te conviertas en Katie Wilder más pronto que tarde.

Katie Wilder.

Bray quería agrandar el establo. Quería comprar una cama más grande. Quería que yo tomara su apellido. Bray quería todo conmigo.

Yo también lo quería. Lo quería con todas mis fuerzas.

—Sí, Bray. Sí a todo.

21



BRAY

Dos días después, Katie y yo fuimos a la tienda con mamá y Zeb. Durante esos dos días habíamos vivido de la cazuela de mamá, habíamos estado cuidando de los caballos, fuimos a uno de mis encargos que no podía posponer… y pasamos el resto del tiempo follando, pero hasta mi gatita estuvo de acuerdo en que necesitábamos abastecernos de comida.

Éramos insaciables, no de comida, sino el uno del otro. La había hecho mía en todas las posiciones imaginables, en todos los lugares de su casa —y del establo— que sirvieran para ello. Ciertamente, Katie hasta hacía muy poco era virgen, pero sin duda que ya no lo era. Pedía lo que quería e incluso, hasta que le diera unos azotes en el culo por diversión, lo cual la excitaba y la hacía gemir.

A mí no me hacía falta mucho para activarme. Nada más pensar en ella, me provocaba una erección. Siempre.

Por esa razón, yo llevaba el carrito de la tienda para ocultar mi miembro medio duro a los vecinos que hacían la compra inocentemente. Zeb llevaba otro carrito. Katie iba adelante, eligiendo productos de las estanterías según le indicábamos. Mamá se había ido a buscar un pan rallado especial al pasillo de repostería.

—No puedo creer que necesitemos dos carros —dijo Katie, cogiendo una tercera bolsa de lo que le había pedido Zeb. Ella se le quedó mirando, luego miró los dos carros medio llenos. Ni siquiera habíamos recorrido la mitad de los pasillos—. Bueno, quizás sí.

Era la compra semanal de mamá, pero yo había echado en el carrito un montón de productos para que Katie y yo nos lleváramos a casa para nuestra noche de tacos.

—Soy un chico en crecimiento —dijo Zeb, sonriéndole.

Katie le devolvió la sonrisa. Se conocían desde que eran unos críos y él había crecido prácticamente con ella como una segunda hermana, pues ya era amiga de Lainey en aquel entonces. Pronto, sería su hermana de verdad.

—Cuando vuelva a la universidad, dentro de unas semanas para los entrenamientos de pretemporada, comeré el doble.

Katie arqueó las cejas.

—No sé cómo vuestra madre alimentaba a ocho varones.

—Dos carros del súper —respondió Zeb, como si esa fuera la respuesta—. Puedes…

Yo miraba a Katie y no advertí que una mujer se había detenido frente a nosotros hasta que casi la atropellé con mi carrito.

—¡No puedo creer que hayas elegido a ella y no a mí! —espetó.

Era Shayna Margensky, una chica unos años más joven que yo. Estudió con Hayes en el instituto. No la conocía muy bien, pero nuestros padres eran amigos. De hecho, mi padre jugaba en una liga de bolos con el señor Margensky en aquella época. Había visto a Shayna en The Roadside la última vez que estuve allí, pero no había hecho más que saludarla con la mano al quitarme el sombrero al entrar. Cinco minutos después, tenía a Katie sentada en mi regazo dándome un beso.

Shayna era bastante guapa, tenía el cabello rubio rojizo que llevaba recogido en una coleta, la cara redonda y ojos azules

brillantes. Desde que tenía memoria, tenía una figura curvilínea y presumía de los atributos que Dios le había dado usando tops y vaqueros demasiado ajustados. Mis hermanos y yo conocíamos las historias de las mujeres del pueblo. No hablábamos de nuestras conquistas, pero no recordaba que ninguno de ellos hubiera intentado ligar con Shayna. Yo desde luego que no.

Quizás se debiera a que ella estaba un tanto desquiciada. Shayna tenía un interés excesivo por la profesión de su padre, el dueño de la funeraria del pueblo, tanto que en ocasiones había llevado el coche fúnebre al colegio. La sola idea de tener un rollo con ella me ponía los pelos de punta.

No sabía de qué hablaba. Tardé un segundo o dos en procesar sus palabras. Afortunadamente, Zeb habló primero y le dedicó su emblemática sonrisa. Era capaz de seducir hasta a una monja, pero como era ocho años menor que Shayna, sabía que solo era amable. Él también sabía que ella no estaba del todo en sus cabales.

—Hola, Shayna. ¿Vas a preparar chili esta noche?

Ella miró las latas de frijoles que traía en cada mano.

—¿Conoces a Katie Camden? —preguntó Zeb, haciendo las presentaciones.

Shayna entrecerró los ojos y miró a Katie.

—Es la novia de Bray. ¿No es genial? —añadió Zeb.

—¡Ella lo arruinó todo! —gritó Shayna.

Mis ojos se abrieron de par en par ante ese arrebato. ¿Qué demonios pasaba aquí?

Zeb, que había estado con los antebrazos apoyados en el mango del carrito, se irguió.

—Eh, tranquila —exclamó.

Katie retrocedió hasta chocarse las estanterías de patatas fritas. Dejé el carrito a un lado y me acerqué.

—¿Cuál es el problema, Shayna?

Se giró y me fulminó con la mirada.

—Tú y yo íbamos a estar juntos. No tú y *ella* —dijo Shayna señalando a Katie con la cabeza.

—¿De qué hablas? —pregunté.

—En The Roadside me guiñaste el ojo y me sonreíste.

—Lo recuerdo.

—Hasta que *esta* se te subió al regazo como una zorra.

—Oye, eso está fuera de lugar —dijo Zeb, levantando una mano.

No aparté la mirada de Shayna, pero por el rabillo del ojo vi a Katie encogerse y perder todo el color de sus mejillas.

Shayna levantó un brazo y señaló a Zeb, sin soltar la lata que traía.

—No te metas en esto, Zeb.

Zeb levantó ambas manos en señal de rendición.

—Siento si pensaste que había algo entre nosotros, Shayna —dije, intentando calmarla. Los clientes se detenían detrás de nosotros en el pasillo para ver qué era todo ese alboroto. Ella había atraído a una multitud—. Solo fui educado.

—¿Educado? Llevas años provocándome y la única noche que podríamos haber estado juntos, te enrollaste con la sosa de Katie.

Vale, se había vuelto loca del todo. Até cabos:

—¡Entonces tú tiraste el piedrazo a la ventana de Katie! —dije.

—¡Ella lo arruinó todo! —chilló con los ojos desorbitados. Me pregunté si estaría bajo el efecto de alguna droga—. Fue para advertirle que mantuviera distancia de ti. Tú eres MÍO, Bray.

Zeb se acercó a Katie y la haló hacia él, asegurándose de que el carrito de la compra quedara entre ella y Shayna. También giró el cuerpo para protegerla. Di un paso hacia Shayna, con la esperanza de calmarla. Quizás alguno de los presentes que observaba la escena había llamado a la oficina del alguacil.

—Katie no tiene nada que ver. Estás enfadada conmigo y lo siento. Siento haberte hecho creer que había algo entre nosotros. Pero no significa que puedas irrumpir en una propiedad privada y causar daños.

—Ella se lo merecía.

Quizás no fue lo mejor que pude haberle dicho porque se enfureció todavía más. Cabreadísima, tenía las mejillas ruborizadas, con un tono aún más intenso.

—No voy a dejar a Katie por ti, Shayna —le dije, asegurándome de que quedase muy claro cómo eran las cosas—. Sabes que entre

nosotros no funcionaría nada.

—¡No! —chilló.

Mientras tanto, mi madre avanzaba proveniente del pasillo, leyendo la caja de cartón que traía en la mano, y no se dio cuenta de lo que pasaba delante de nosotros.

—He conseguido el pan rallado —dijo mi madre—. No había el italiano que yo…

De pronto, Shayna se dio vuelta y le lanzó la lata de frijoles a mamá. La golpeó en la cabeza.

Escuché jadeos detrás de mí. Katie soltó un grito ahogado. Zeb y yo gritamos a la vez:

—¡Mamá!

Corrí hacia ella. Mamá se tambaleó hacia atrás, tropezó con un expositor de palomitas para microondas y cayó de lleno al suelo, con cajas y el paquete de pan rallado esparcidos alrededor.

Quedó inconsciente. Le levanté la cabeza. Gracias a Dios, respiraba.

—Mamá. Vamos, mamá.

Levanté la vista. Zeb tenía a Shayna fuertemente sujeta, con la otra lata en el suelo a sus pies. Ella sollozaba. Zeb parecía devastado mirando a mamá. Katie hablaba por el móvil y la escuché pedir una ambulancia.

Joder. Nadie había estado detrás de Katie ni de Lainey. Había sido culpa mía. Por mi culpa mi madre estaba herida.

Katie se arrodilló a mi lado y le cogió la mano a mamá.

—La ambulancia está en camino. Colt también.

Encontré su mirada llena de preocupación.

Pude oír las sirenas a lo lejos. La ayuda estaba en camino.

Pero ¿llegaría a tiempo para salvar a mamá?

CONTENIDO EXTRA



¿Adivina qué? Tengo contenido extra para ti. Así que regístrate en mi lista de correo electrónico. Habrá contenido extra especial, solo para mis suscriptores. Registrarte te permitirá saber sobre mi próxima publicación tan pronto como esté disponible (y recibes un libro gratis… ¡uau!)

Como siempre… ¡gracias por amar mis libros y las montadas salvajes!

http://vanessavaleauthor.com/lista/

¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

http://vanessavaleauthor.com/v/ed



TODOS LOS LIBROS DE VANESSA VALE EN ESPAÑOL

https://vanessavaleauthor.com/book-categories/espanol/

ACERCA DE LA AUTORA

La exitosa *bestseller* Vanessa Vale escribe romance seductor de chicos malos implacables que se enamoran con todo su corazón. Ha vendido más de un millón de ejemplares. Vive en el oeste de los Estados Unidos y allí siempre se inspira para escribir su próxima novela. No será tan buena con las redes sociales como sus hijos, pero le encanta interactuar con los lectores.

---

https://vanessavaleauthor.com

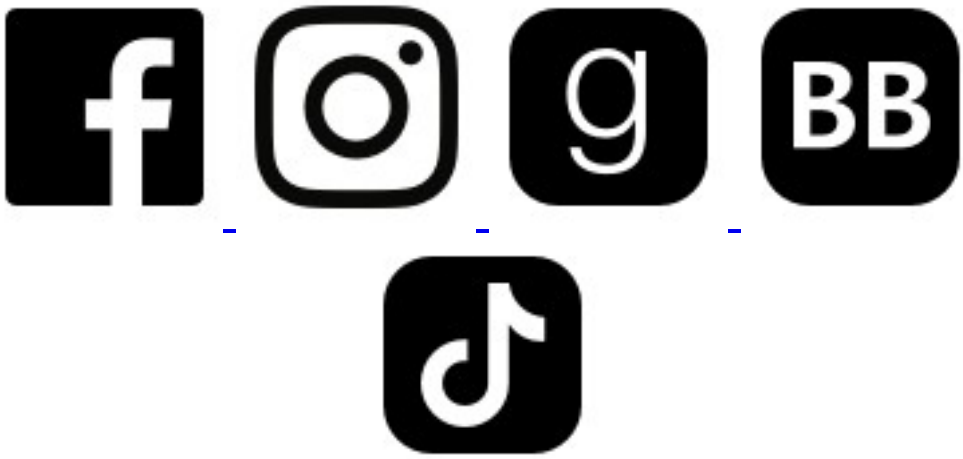


Table of Contents

Cubierta
Portadilla
Créditos
¡Recibe un libro gratis!
Índice
Elogios a Vanessa Vale
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Contenido extra
¡Recibe un libro gratis!
Todos los libros de Vanessa Vale en español
Acerca de la autora